

Imperio ArgentinaPROTAGONISTA
DE "LA CASTA SUSANA".
FILM QUE TIENE CIFESA EN
CURSO DE PRODUCCIÓN.Valentin R. &
F. O. I. O. -*Popular film*30
Cts.

Gerente: Jaime Olivet Vives

Director técnico y Administrador: S. Torres Benet

Director literario: Lope F. Martínez de Ribera

Redactor-jefe: Enrique Vidal

Delegado en Madrid: Antonio Guzmán Merino
Narváez, 60

Redacción y Administración:

Paris, 134 y Villarroel, 186

Teléfonos 80150 - 80159

BARCELONA

Año XI :: Núm. 523

3 de septiembre de 1936

Núm. corriente: 30 céntimos

Núm. atrasado: 40 céntimos

CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA EN ESPAÑA Y AMÉRICA: Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A., Baró, 16, Barcelona : Ferraz, 21, Madrid : Mártires de Jaca, 20, Irún : Dr. Romagosa, 2, Valencia : Gamazo, 4, Sevilla.

SERVICIO DE SUSCRIPCIONES: Librería Francesa, Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona.

LOS DIOSES SE DIVIERTEN

CUANDO la Italia de Piero Fosco asombraba al público de hace un cuarto de siglo con aquellas reconstrucciones históricas vistas a través de un temperamento declamatorio—énfasis y frialdad vaciados en cartón-piedra—, ¡qué lejos andaba el cinema de la naturalidad y el humorismo de la última película de Reinhold Schunzel, «Los dioses se divierten»!

En este film juegan a moradores del Olimpo Henry Garat, Florelle, Jeanne Boitel y Armand Bernard, entre otros artistas franceses. Y juegan con el «esprit» no exento de sátira que ha hecho famoso el nombre de René Clair. Escuela en cuyas manos se desmoronan, sin violencia, pero irremediablemente, los más acreditados tópicos. Aire de farsa que introduce la delicuescencia en los fósiles duros y los ablanda y disuelve como terrones de azúcar en el agua.

«Los dioses se divierten» no es cinema de gran estilo, pero sí de gran intención. Ni siquiera es original. El argumento ya lo escribió Plauto en versos latinos, allá por el siglo tercero antes de nuestra Era. Luego, Fernán Pérez de Oliva, rector de la Universidad de Salamanca, lo trasladó al castellano a principios del siglo XVI, y compuso «El nacimiento de Hércules o Comedia de Anfitrón», extraño e ingenioso enredo dramático, donde por primera vez, que yo sepa, se plantea y desarrolla en nuestro teatro un donoso desdoblamiento de personajes.

El film de Reinhold Schunzel diríase una adaptación de la comedia de Pérez de Oliva. Coincide con ella aun en los pasajes secundarios, y conserva su mismo tono desenfadado y gracioso, zumbón e irreverente con los ciudadanos del Olimpo, a los que, de acuerdo con el realismo español, humaniza, de modo que convierte al tronitronante Júpiter en una especie de «Don Hilarión» con barba aborascada y centelleo de relámpagos inofensivos, hasta que viene su mujer, la celosa Juno, lo coge de una oreja y... ¡a casita, que llueve!

«Los dioses se divierten» podría titularse: «Los dioses se humanizan». Es simpático verles amar, sufrir, temer e intrigar, sujetos a las flaquezas y pasiones humanas; dueños del mundo, omniscientes y eternos, tiemblan escondidos tras un tapiz o se deslizan de puntillas para burlar la vigilancia de sus airadas consortes.

Aunque es bien conocido el argumento de la película, no enfadará al lector que nos lo cuente el clásico, bien ajeno, cuando lo escribió, a que, andando el tiempo, lo leyeran los devotos de un nuevo arte que se iba a llamar cinema. Dice así:

«Amando Júpiter a Alcmena, mujer de Anfitrón, capitán de los tebanos, por su mucha virtud della no podía haber cumplimiento de sus amores, sino transformándose en la figura de su marido; y Mercurio, para mejor servirle, tomaba la figura de Sosia, criado de Anfitrón. Esto era en tiempo que los tebanos enviaron a Anfitrón con grande ejército contra el rey Ptherela, de los teleboas, que se les había rebelado, quedando a la sazón Alcmena preñada. Alcanzó Anfitrón la victoria, y, volviendo a su casa, envió adelante a su criado Sosia una noche para darle a Alcmena la buena nueva, y avisarle de su venida. A esta sazón Júpiter, en forma de Anfitrón, estaba con Alcmena; y Mercurio, en forma de Sosia, guardaba la puerta; y Júpiter ha dado ya a Alcmena la nueva de la victoria. Por esto, cuando Sosia llega a casa, Mercurio le defiende la entrada, y pasan entre ellos muchas cosas, a que el error de haber dos Sosias da la ocasión. Después también el verdadero Anfitrón, cuando viene a su casa, trata con Alcmena grandes rencillas, afirmando ella que ya antes había venido, por haber estado con ella Júpiter en forma de Anfitrón. Por estos errores hay grandes barajas en la comedia, hasta que, pariendo en este punto Alcmena dos niños, Júpiter dió señal como el uno era suyo, y, avisado de esto, Anfitrón se connota y pierde el enojo, que con justo dolor había concebido. Este niño que así nació de Júpiter y de Alcmena, dicen los poetas fué Hércules, el famoso y celebrado en todo el mundo por sus grandes azañas.»

Esta ingeniosa trama, cuya fuerza drolática se acrecienta por la índole de los personajes, tiene un buen desarrollo cinematográfico, aunque su asunto es de más intención literaria que dinamismo exterior. No encontramos aquí tampoco el camino real del cinema. Y si destaco este film, es porque, a mi entender, confirma una tendencia intelectual siempre conveniente, y más en el cinema que suele nutrirse de desechos dramáticos: Considerar la fábula, o en su caso la historia, con respecto formal y escepticismo trascendente. Someter a revisión irónica las fastuosas mentiras del pasado. De hoy más, los films históricos serán grandes fachadas clásicas en cuyos huecos guiará el ojo el espíritu volteriano y burlón de nuestra época.

ANTONIO GUZMÁN MERINO

PREFACIO A UNA HISTORIA ROMÁNTICA

La mujer y el eterno tema del amor

AFORTUNADAMENTE para él, los tornillos de Justo Viénte Martín no han andado nunca muy sólidamente ajustados. Pero hoy se le han debido perder.

Recibo un papelito de su parte: «He visto mi nota sobre el Amor. No publiques la otra. Pasa por casa. No puedo moverme.»

Aprovecho un rato libre, después de comer, para atender la indicación. Subo a la casa donde vive, como único huésped, en un segundo piso.

Llamo. Llamo porque, como es natural, no tengo llave, y

más natural todavía es que no trate de echar abajo la puerta.

Me abre la «patrona», señora todavía joven, que, dicho sea de paso, es Martín el primer huésped con quien tiene que tratar. Mira el cigarrillo que llevo en mis dedos.

—¡Sí, hombre! Eso me faltaba, que viniera usted a ponerme la casa hecha una porquería. Como si no tuviera bastante con su amigo. Todo el día he de estar barriendo la ceniza que me echan por todas partes. Lo que no he tenido que sufrir a mi marido...

Entro en la habitación de Justo. Este se encuentra en la ca-

ma. La habitación, regularmente espaciosa, en semioscuridad, con la persiana echada. La cama ha sido corrida hasta el balcón, que tiene abiertas sus puertas. Justo se halla en cama, sentado en ella, con un libro en la mano, un cenizero lleno de colillas sobre la mesita de noche, y una cara lánguida.

Todo esto lo advertí en menos tiempo del que tardo en contar. No es mía la culpa si las palabras corren menos veloces que el pensamiento.

Cuando leáis en alguna novela: «Fulano volvió la cabeza al oír que Perengano entraba en la habitación», no lo creáis. Justo no volvió la cabeza, porque estaba mirando hacia la puerta. Esperaba que entrase alguien, porque no es sordo: había escuchado el timbre y ruido de conversación y pasos subsiguientes.

—He venido...

—... porque te he llamado. Así me gusta, obediente. ¿Por qué te he llamado? Porque tengo ganas de ver otra cara que no sea la de la bruja de mi patrona. Y escuchar otra voz que se lamente menos de cómo va el mundo, de la escasez, de los precios, de la vecindad y de las colillas con que a veces lleno los rincones para hacerla rabiar. Y como no sabía de ningún otro chico que poseyera tus cualidades de obediencia, has resultado ser el elegido para amenizar mi enfermedad durante un rato.

Tengo la manía de enterarme de lo que leen los demás y hasta de leer en las invertidas páginas de un libro abierto. Lo vió.

—El libro de las tierras vírgenes. Estoy releendo estas narraciones de Kipling, para hacerme la ilusión de que dispongo de una fuerza y de una energía con las que no puedo ni soñar. Además, me distraigo de las preocupaciones, que son muchas.

—¿Qué tienes? ¿Qué bicho malo te ha cogido por su cuenta?

—Puedes creer que ha sido un ataque de nervios, si lo tienes por conveniente. En realidad es la consecuencia de diez o doce días de tensión nerviosa, durmiendo y comiendo a disgusto, sin poder trabajar, atento solo a lo que ocurriera en la calle, y tratando de dominar la excitación. Lo conseguí, por fin..., cuando se me acabó la cuerda. Y, ahora, como había gastado mi provisión energética de reserva, me hallo desanimado, decaído y sin fuerzas. Añade a esto...

Y me mira un poco risueñamente.

—... añade a este programa, el amor, el fatídico amor, que tantas víctimas causa por año, en cifra superior a las que pueda causar la más extremada ola de frío o calor. No te sonrías. Te digo la verdad. Me abandonó la ilusión y estoy volviendo a construirla, en esta oscura habitación.

—Como no te expliques mejor...

—Pues, verás... Hace tiempo que no la veo... ¿A quién? ¿No la conoces? Es una chica que, como decía un amigo mío de su novia, no es alta, ni delgada, ni gorda, ni flaca; ni muy guapa, ni muy fea, ni santa, ni diabla, ni extremadamente simpática, ni tampoco un cardo hosco. Con esas señas puedes ir a buscarla por ahí.

—¿Cómo se llama? ¿Cuántos años tiene? ¿Dónde vive? ¿Es morena? ¿La conozco yo?

—¿Cómo se llama? Es mi secreto. Tiene menos años que yo. Vive en Barcelona. No es morena, ni tampoco rubia. Y la conoces casi tanto como yo.

—Las señas son precisas a más no poder.

—Las que tengo y quiero darte. El nombre y la dirección no te los proporciono, porque no quiero compartir con nadie mi secreto. Te hablaré de ella todo lo que quieras, pero para ti será como una persona que no podrás catalogar entre las muchachas que conoces.

—¿No es M... O...?

—¿Cómo has podido saber?

—Tratas a pocas chicas y me ha bastado eliminar a las que no correspondían a las últimas características que me has dado, por muy vagas que sean. Creo que en tu primera descripción no has sido justo con ella.

—¿No soy Justo? ¿Pero si a mí me parece la más bonita, la más simpática, la más buena de las mujeres... cuando la veo a través de la lente amorosa!

—En resumidas cuentas: te has enamorado de ella.

—Jugando, me he enamorado de ella. Y como no podía soñarlo jamás. Eramos amigos, y éramos felices con esa amistad. La ayudaba siempre y tanto como me era posible. Me contaba sus pequeñas penas. Yo la daba consejos. Nos burlábamos uno del otro, y nos peleábamos siempre que la ocasión se hallaba a mano. Así fueron pasando los meses. Un año, dos... Y ahora no sé prescindir de ella. Tanta era la confianza que me tenía, que no le parecía mal venir por aquí de vez en cuando. Otras veces, era yo el que iba por su casa, o bien nos tropezábamos, casualmente o por cálculo, en la calle. Casi no pasaba día sin que nos viéramos. Y ahora...

—La muchacha se ha enamorado de otro, ¿no?

—Se ha enamorado, o se ha encaprichado, o parece estarlo. Lo cierto es que tiene otro amigo que la acompaña a todas partes y a todas horas. Y yo, que casi nada había descubierto hasta ahora, he descubierto que la quiero con toda mi alma. Si la encuentro en la calle, no puedo acercarme, pues se enfadaría; si va con el citado muchacho, porque va con él; si va sola, porque, por lo visto, puede vernos. Si voy a su casa, no sale ni a saludarme. Por aquí no viene nunca, desde hace tres semanas. Y yo espero uno y otro día a que llegue, a hacerme una simple visita amistosa. Sabe bien que estoy encamado desde hace diez días y no se ha acercado ni a preguntarme por mi salud. Y espero. Mirando a través de las rendijas de la persiana me paso mañana y tarde, para ver si viene. Levanto tantas veces la cabeza para hacerlo, que apenas puedo leer una de las narraciones de Kipling en toda una tarde. Y flojo y desmayado me paso el día, ansioso de verla. En cuanto veo en la calle un vestido parecido al suyo, me incorporo para ver mejor, con los nervios en tensión. Al cabo de unos segundos se deshace la ilusión. Y así todos los días. Me despierto desesperanzado y me pongo a dormir casi con ganas de llorar, y, sin embargo, me paso todo el día: «Si viniera...» Y sueño con su llegada y con que me diga alguna frase cariñosamente insultante.

—¡Vaya calvario! ¿Cómo te ha cogido tan fuerte?

—No lo sé. No es la primera vez que quiero a una muchacha. Pero, ésta, ¡ha sido de una manera tan diferente! Nada más lejos del «flechazo», como otras veces había sido. Han

LAMAMOS escenarista al escritor de historias destinadas a ser filmadas directamente, es decir, sin paso intermedio por la forma novelada o por la forma teatral. O también al que corresponde la tarea de adaptar las obras novelescas o teatrales a las necesidades de la narración cinematográfica. Es lo que se llama en los Estados Unidos «visualizar» una historia.

Salta a los ojos que este trabajo, extremadamente delicado, pide un conocimiento profundo de los medios de expresión cinematográfica. Determinada construcción dramática, muy conveniente y de gran resultado en una novela o en una pieza teatral, no servirá necesariamente en la pantalla. El arte del escenarista consistirá, pues, en traducir la idea madre de la obra literaria inspiradora, y en respetar sus datos psicológicos, conformándose a las leyes del relato en imágenes.

En Francia, lo dijimos en el primero de los artículos de esta serie, el escenarista no existe, por decirlo así. Son los realizadores quienes adaptan a las exigencias de la pantalla las obras que se proponen filmar.

Apenas existen más autores especializados en la imaginación y composición de argumentos destinados exclusivamente al cinema. Cuando una compañía productora pide a un novelista o a un dramaturgo de renombre un escenario cinematográfico, esos literatos se limitan a suministrar un tema, una idea general. Luego, incumbe al realizador la tarea de retocar el argumento, modificarle y hacerle propio para el trabajo en el estudio.

Por el contrario, en California y en Alemania, las grandes sociedades de producción cinematográfica se procuran los servicios de escritores que trabajan sólo para la pantalla.

sido dos años de trato cordial y en camaradas. Poco a poco, la amistad se ha transformado en algo más hondo, más íntimo. Lo más extraño es que, aunque en menos grado, creo que también he llegado a ser para ella algo más. Tiene celos (que no siempre sabe disimular) cuando me ve con otra muchacha, o me oye hablar de alguna. Si pasan muchos días sin verme, no trata de verme, pero cuando me encuentra, se muestra tan contenta, que corro el peligro de que me abraza. Se enfada si no la trato de la forma que ella quiere. Me pide cuentas de todo lo que hago. Si yo me enfado con ella, es ella misma la que se olvida primero de la riña. Mientras que no me perdona nunca si me muestro humilde con ella, si es ella misma la enfadada. Unas veces, me miente, pero aparece ante mí mejor de lo que es, y otras me cuenta grandes mentiras para hacer alardes de «no me importa nada». Su confianza llega a grandes extremos en ciertas ocasiones; mientras en otras, me ofenderá de la manera más brutal y despectiva, por no atreverse a decir la cosa más insignificante. ¿Comprendes tú a las mujeres?

—No sé. Me gustaría conocer ese tipo.

—Ya lo conoces. Y es raro que no te hayas enamorado también de ella. De cada tres que la conocen, dos quedan chiflados, aunque uno termine por bajar al nivel ordinario. Se encapricha cada seis meses por un chico, lo que quiere decir que ya son cuatro «amores» los que la he conocido. Con la particularidad de que ninguno lo ha correspondido... hasta el cuarto. Lo que quiere decir que he debido sufrir sus confidencias sobre el segundo y el tercero. Cuando el primero, no tenía bastante confianza conmigo; al llegar el último... esto. Ya a veces, cuando me hablaba, iba sospechando mi verdad. Ahora la tengo por completo.

—¿Cuántas veces te has enamorado?

—De verdad, esta es la tercera, aparte de dos docenas de caprichos, cuya duración máxima se puede calcular en tres o cuatro semanas.

—¿De las tres te ha correspondido alguna?

—La primera, no; la segunda empezaba a corresponderme cuando hube de partir muy lejos y por mucho tiempo. En cuanto a ésta, ya te he dicho lo que hay. Yo creo me quiere (no tanto como yo a ella), pero ella no lo sabe.

—¿Por qué no se lo dices tú mismo?

—Porque me expondría a no saber sacar al niño a luz. O se muriera por ser sietemesino y no saberlo cuidar.

—Bueno. En resumidas cuentas, una correspondencia formal no has hallado en ninguno de los tres casos. Pues a por la cuarta.

—¿Eh?

—Sí. Para seguir el paralelismo con ella misma, la cuarta te corresponderá.

—No quiero. Francamente, no quiero. Ignoro si dedicándome a otra muchacha (por otra parte, no conozco ninguna que me merezca un interés especial), olvidaría a esta, aunque lo dudo. Pero no lo quiero. Sufro, pero estoy muy a gusto en mi infierno. Yo la amo mucho a ella, pero amo también a mi amor. El único que en este caso no me merece consideración alguna, soy yo mismo. No haré nada para conquistarla, pero esperaré días, semanas, meses, años, más todavía, a que ella quiera venir a mí, o simplemente me necesite. Por causas ajenas a mi amor (o que por lo menos, al no sospechar la existencia de éste, me lo parecía así a mí) he pasado momentos muy amargos, por causa de ella, en estos dos años. No me importa pasar otros dos, otros cuatro u ocho semejantes o peores, aunque al final la hubiera de perder para siempre. Tanto más cuanto que, a pesar de todo, tengo la esperanza, digo, la firme seguridad, de que vendrá a acogerse en mis brazos, a ser mi amiga, mi hermana y mi amante.

—Dijiste antes que es ésta la tercera vez que te enamoras para... supongo que para toda la vida.

—¿Por qué no? Para «toda la vida» está mal dicho, para «siempre».

—Y ese «para siempre», le has truncado dos veces. ¿Por qué no se va a truncar por tercera vez?

—Por tres razones.

—Veámoslas.

—Primera: porque ella me necesita y me necesitará. Me he

Por lo tanto, suministran a los productores escenarios totalmente «decupados», sobre los cuales podrá trabajar el director de escena sin el menor retoque. Así son los Franceses Marion, los Forest Helsey, los Ben Hecht, en los Estados Unidos; los Robert Liebman y las Thea von Harbon, en Alemania; estas gentes unen a una inventiva y una cultura general que les permiten sobresalir en la novela o en la pieza teatral, una sólida ciencia de la técnica cinematográfica, y también un «sentido del cinema» que es más una disposición natural del espíritu que no el fruto de estudios.

Por consiguiente, el aprendiz de escenarista se esforzará en adquirir ante todo una cultura general, y luego en penetrar los secretos de las realizaciones cinematográficas.

Apenas hay necesidad de decir que los estudios literarios serán más indicados que los demás para constituir el elemento principal de su formación general. Consideramos al Cinema como un arte autónomo, no como un sucedáneo del Teatro o de la Literatura. Pero no se puede negar la interdependencia de estas tres formas de arte. Ciertas leyes generales rigen para las tres.

Con toda seguridad, todo licenciado en letras no poseerá forzosamente la madera de un escenarista de clase. En un arte, cualquiera que sea, interviene un elemento capital, y que no es posible adquirir: el don natural. Escritores muy grandes hay que no se apoyan en ningún diploma universitario. Por el contrario, buen número de diplomados de las escuelas superiores de literatura no lograrían obtener el menor éxito literario. Pero es de sentido común que, a unas condiciones naturales idénticas, la cultura más vasta interviene en favor de quien la detenta.

Luego nos parece que, aun despreciando la obtención de

ofrecido a ella para ayudarla siempre que pueda y, si me enganchara otra mujer, no podría cumplir mi promesa. Fuera por causa de ella (los celos), fuera por causa de la otra (también los celos) o por causa mía, que es muy fácil olvidar las mujeres del pasado cuando te abandonas a una.

—La segunda es...

—Que ese «para siempre» citado, todavía mejor, ese «amor eterno» que he sentido por dos muchachas anteriormente no ha quedado desmentido. Mi amor de entonces sigue siendo verdad. Pero ya no somos verdad nosotros. Sigo amando mi amor de entonces. Pero ese amor aparece como muerto porque no supo evolucionar a nuestro compás, por gracia de su misma esencia: era pasión más que amor, y, al cortarse su curso (separación, u otra causa cualquiera), no ha sabido volver a coger su rumbo. Hemos envejecido, somos otros, y miramos las cosas de otra manera. Doblemente es perpetuo ese amor, porque al correr de los billones de billones de siglos, volveremos a repetir las mismas situaciones acaecidas.

—Y, por fin, la tercera...

—No sé si fué Luis Huerta el que decía hace tres años, o cosa por el estilo, en un artículo, al completar una clasificación de Maraños, que el amor se podía dividir en tres clases: ciego, miope y clarividente. Los caprichos a que hacía referencia antes, son los ciegos del amor; los dos primeros amores pasan a la categoría de miopes, y sólo éste de que te hablo merece la calificación de clarividente.

—¿No será arbitrario?

—Creo que no. Es todo cuanto puedo decirte. Es raro el amante que pueda estudiarse a sí mismo, y mucho menos a su amor. Sin embargo, he tenido demasiado tiempo y demasiada tranquilidad (tranquilidad angustiosamente inquieta) en estos diez días de cama, para no poder hacerlo. He pensado mucho sobre ello...

—Y has llegado a unas consecuencias claras. ¿Veamos el resultado de tu fósforo gastado?

—Dije antes, y perdona que me refiera tanto a mis palabras anteriores, que en los dos primeros «casos» hubo flechazo, que es casi tanto como decir que hubo admiración y atracción. Nada más opuesto a este caso, donde se ha estado gestando durante dos años, lo que sale hoy a luz. Al empezar, no hubo nada que se pareciera a admiración, muy poca atracción. Esa muchacha, a la cual reconocía los defectos a montones, y muy pocas bellas cualidades. Hoy mismo, la sigo reconociendo todos sus defectos. Eso ya nos habla de que no había ceguera posible. Ibamos hacia adelante, sabiendo el terreno que pisábamos, sin engaño.

(Pensaba continuar escribiendo, aquí en la Redacción, pero nos hemos liado en una conversación de las que tanto colaboran al trabajo eficaz. Así, pues, concluirá.)

ALBERTO MAR

Una acertada composición química, de propiedades altamente saludables para el organismo. • Una excelente agua de mesa.

He aquí las insuperables cualidades de las nunca bien ponderadas

SALES

LITÍNICAS
DALMAU

un diploma universitario, el aprendiz de escenarista sólo podría sacar provecho de los cursos de la Facultad de Letras, limitándose, por ejemplo, a los que preparan para la licenciatura de letras.

Recordaremos que los cursos de la Facultad de Letras son accesibles a todos los estudiantes, hasta a los de nacionalidad extranjera, aun no poseyendo su bachillerato completo, mediante inscripciones de no muy alto coste. Para los que quieren conseguir el diploma, es necesario contar también los derechos de examen. (Los costes respectivos son de sesenta francos por cada curso de un semestre, y veinticinco francos por cada prueba de examen. Además hay que añadir veinte francos al semestre por derecho a la biblioteca.)

La licenciatura en letras es conferida a todo candidato que haya sufrido con éxito tres exámenes sobre los estudios superiores literarios.

Comprenden éstos: estudios griegos, estudios latinos, literatura francesa, gramática y filología, gramática comparada de las lenguas clásicas, gramática comparada de las lenguas románicas, estudios bizantinos y neo-helénicos, literatura moderna comparada, filología francesa, filología románica.

Naturalmente, no aconsejamos al futuro escenarista se envalle materias tan numerosas y diversas. Pero nos parece que, limitándose a los estudios latinos y griegos, al de la literatura francesa (o del país correspondiente) y de la literatura moderna comparada, se hallará con un equipo literario apreciable y suficiente.

(Una advertencia, puesto que esta serie de artículos está destinada también para España: Casi todo lo que decimos referente a nuestra Facultad de Letras es aplicable, con modificaciones no esenciales, a las Facultades de Filosofía y Letras españolas.)

Esto para la formación general. Para la formación técnica, nuestro hombre ganará mucho haciéndose inscribir seriamente, sean en la Escuela Técnica de Fotografía y Cinematografía, sea en la Universidad cinematográfica. (Fuera de Francia, y a imitación de éstas, existen algunas escuelas semejantes, pero ninguna ha sabido todavía ponerse a su altura, con la excepción de las escuelas cinematográficas de la U. R. S. S., que son modelos casi perfectos de lo que se puede hacer en este sentido.)

La Escuela de Fotografía y Cinematografía, creada en 1906, es una escuela llamada de «pleno ejercicio», subvencionada por el Estado, con el apoyo de la ciudad de París.

Su destino es «formar prácticos poseyendo los conocimientos técnicos y profesionales indispensables en nuestros días para ejercer, con competencia, las diferentes profesiones de la Fotografía y de la Cinematografía».

La composición de su Consejo de Administración ofrece todas las garantías sobre la seriedad de esta empresa, formando parte de ella gran cantidad de nombres que se han distinguido en la producción cinematográfica francesa.

Admite a seguir los cursos de fotografía a los muchachos y a las muchachas de no menos de quince años y medio, poseyendo conocimientos equivalentes a los de los alumnos que salen de los cursos complementarios de las escuelas primarias. Para seguir los cursos de cinematografía, se deben justificar conocimientos equivalentes al diploma superior.

La duración de los estudios cinematográficos es un año. El año escolar comienza el primero de octubre y termina el 15 de julio. Los exámenes de salida tienen lugar durante la primera quincena de julio.

Las demandas de admisión, depositadas antes del 15 de septiembre en la Secretaría de la Escuela, deben ser acompañadas de los documentos acostumbrados (partida de nacimiento; diplomas o certificados de estudios anteriores; certificado de revacunación; declaración del candidato o su representante legal acatando el reglamento de la Escuela; para los procedentes de provincias y menores de edad, una pieza designando un corresponsal encargado de substituir a padre o tutor legal en todas sus relaciones con la Escuela; abono de los gastos de escolaridad correspondientes al primer trimestre; abono de los gastos de seguro, obligatorio para los alumnos).

La admisión en la Escuela no es definitiva más que después de un examen que tiene lugar al final del primer trimestre, y que permite constatar que los conocimientos generales del alumno le permiten seguir con provecho los cursos de la Escuela.

Interrogaciones periódicas permiten controlar los conocimientos adquiridos por los alumnos en los cursos teóricos y les preparan para las pruebas de examen. Las notas obtenidas en las diversas interrogaciones y en el curso de los trabajos prácticos son comunicados al tribunal de examen.

El subsecretariado de Estado de la Enseñanza técnica extiende un diploma al final del año de estudios.

El programa de la sección cinematográfica se inspira en las modernas necesidades de la industria cinematográfica, y teniendo en cuenta la evolución de la técnica. Por otra parte, la Escuela posee un estudio y una cabina de proyector provista de aparatos para películas sonoras.

Respecto a la Universidad cinematográfica y radiofónica, establecida también en París, y dirigida por M. Roger Lion, director de escena, forma a la vez escenaristas, asistentes de directores, directores de escena, intérpretes.

Los cursos de técnica cinematográfica tienen lugar por la noche, de las nueve a las diez y media, una vez por semana, en veinte lecciones, o sea en veinte semanas.

El programa es el mismo que el de la Escuela Técnica de Cinematografía. Nos extenderemos más completamente sobre él, como ya dijimos, cuando tratemos de la formación de los realizadores. Que será el tema del cuarto artículo de la serie.

CÉCIL JORGEFÉLICE

París, agosto.

ha estudiado historia del arte, nuestra conversación gira en torno de todos aquellos detalles que, para nosotras las mujeres, tienen tanto interés: sobre una imitación de estilo de las modas de otros tiempos.

—Cuando yo me encargo de un nuevo papel, quiero encarnarme en él completamente: desde mi hondo interior hasta el más pequeño e insignificante de los detalles exteriores. Y es por ello que, en mi vida privada estoy realmente muy poco interesada en las modas. Es tal y como se lo digo, aun cuando usted me mire con ojos de incredulidad. Mi hermana y mi muchacha pueden contar a usted un cuento sobre eso... Aun corriendo el peligro de desilusionar un tanto a mis queridas admiradoras, tengo que confesar que la vida privada de las artistas no se mueve dentro del círculo de preocupaciones y cuidados por las últimas modas. En ella se despierta más bien el deseo de aprovechar las horas tranquilas, que tan contadas son, para ganar tiempo para nuevos estudios. Se quiere estar libre en su interior para encargarse de un nuevo trabajo. Por ello, queda muy poco tiempo y gana de hacer una vida «a lo grande», como generalmente se cree de las artistas.

Nuestra conversación es interrumpida. Avisan que ¡ha empezado a hacer sol!

* * *

Otro aspecto distinto tiene ahora la plaza de la pequeña ciudad. Hombres, mujeres y niños, sin dejar tampoco de pasar por alto unos cuantos enérgicos polizontes, la dan gran animación. La cámara y los proyectores están preparados.

¡Naturalmente, es una toma de vistas!

La vieja plaza es el lugar en donde se desarrolla la acción. Lil Dagover, en su papel de madame Martín, va a causar la excitación de los ciudadanos de esta pequeña localidad. Los otros intérpretes de este film de la Ufa, «Orden superior», Karl Ludwig Diehl y Heli Finkenzeller, no están hoy presentes. Pero sí está Karl Dannemann, ataviado con brillante uniforme y arrastrando un pesado sable. Y el cachazudo ciudadano con el pardo levitón y la negra chistera, es Aribert Wäscher, que a juzgar por su digno porte debe pertenecer seguramente a la sociedad distinguida de esta ciudad.

¡Atención, toma de vistas! De la hostería «La Corona» sale ahora madame Martín, que en pocos momentos se ve rodeada por una multitud de

(Continúa en Informaciones)

CONVERSACIÓN CON LIL DAGOVER



3260 Lil Dagover

JUEGO EN TORNO DE UNA HERMOSA

TODA VÍA no hay animación en la plaza de la pequeña ciudad alemana. Sólo unas cuantas ciudadanas, ataviadas con vestidos de allá por el 1800, charlan a placer. Enfrente, en la hospedería «La Corona», la casa más suntuosa de la localidad, con su hilera de ventanas adornadas de visillos plegados delicada y artísticamente, su elegante verja delante del zaguán y su sombrío y verde tilo; allí enfrente se abre ahora la puerta y por ella asoma la cabeza un doméstico. Con crítico ademán mira hacia el cielo... ¿Hará hoy sol o no?

Atravieso la plaza y trato de preguntar a una cachazuda ciudadana si sabe dónde puedo encontrar a madame Martín...

En este momento sale de una callejuela lateral un grande y oscuro auto que se detiene ante una angulosa esquina. Reconozco un fino perfil que se vuelve hacia mí. Una delicada mano de mujer golpea en el cristal de la ventanilla...

—Suba al coche—dice Lil Dagover—; ahora tenemos tiempo de charlar. ¿Qué le parece a usted, hará hoy sol?

También aquí una crítica mirada al cielo. El mismo pensamiento que el doméstico de «La Corona» tuvo al abrir la puerta de la hospedería.

—Sólo un pequeño momento debo ocuparme de mi papel.

Celebro infinito tal circunstancia, pues así me queda tiempo para observar a mi gusto a Lil Dagover. En el fondo gris claro de las paredes y los almohadones del coche, se destaca, brillante, el color oro de su precioso vestido. Este, aunque está hecho en relación con las modas de 1800, representa seguramente la caprichosa moda parisense de aquella época. El bajo descote va rodeado de finos encajes de oro, de entre los cuales se levantan, como de delicado cáliz, las bellas espaldas y el esbelto cuello. De admirable efecto es la contraposición entre el tono áureo de encajes y vestido y el negrísimo pelo que desde la finísima cabeza cae en largos y tupidos rizos.

Y cuando el realizador Gerhard Lamprecht abre la portezuela y mira en el interior del vehículo, pues desea saludar a la señora Dagover y quiere, acaso, expresar también su duda sobre si lucirá o no el sol, le dirige unas palabras que yo en mi interior siento en los mismos momentos:

—¡Qué hermosa y encantadora está usted otra vez hoy, señora Dagover!

* * *

—Me gustan muchísimo los bonitos vestidos históricos—dice Lil Dagover cuando volvemos a quedarnos solos dentro del carruaje. Y como la artista



3073



A Carmina, espectadora inteligente, admiradora infatigable del arte séptimo, le brindo el presente artículo.

MARGARET SULLAVAN es una actriz excepcional. Tan excepcional, que su nombre es apenas conocido entre las multitudes de aficionados. Esta es, seguramente, la prueba más convincente que en favor de su arte hemos podido alegar. Porque todos estamos hartos de saber que cuando el nombre de una actriz determinada no brilla con demasiada intensidad, cuando su figura no aparece con reiteración en las páginas de las revistas cinematográficas, es porque esa actriz lo es de verdad; y porque posee cualidades interpretativas que la distinguen de sus compañeras de trabajo, y que la permiten alejarse de la vulgaridad imperante entre las restantes artistas, que son precisamente las que cosechan fama y fortuna, aunque en lo relativo a interpretación dejen mucho que desear. La belleza, la figura, el color del cabello o la elegancia de una mujer vulgar—artísticamente hablando—, son ya cualidades para que ésta se clasifique entre las primeras figuras del «sex-appeal» internacional. Así es como triunfan las Mae West, las Katherine Burke, las Jean Harlow, las Ginger Rogers, las Alicia Faye. Y es que al cinema yanqui, el arte no le interesa. Sólo quiere exhibicionismo, espectacularidad. William Fox, Adolph Zukor, Carl Laemmle, el propio Will Hays, ignoran virtualmente la existencia de una Irene Dunne, de una Zassu Pitts. Porque a ellos, sólo les interesa el cien por cien de los beneficios netos, lo que nunca podrán proporcionarles los auténticos valores del cinema. Lo demás, arte, talento, fondo y belleza, les tiene completamente sin cuidado. Mejor dicho, no tan sin cuidado como parece; porque cuando descubren que un auténtico valor interpretativo puede hacer peligrar la fama de sus rutilantes estrellas, lo amordazan a fuerza de dólares, lo transforman en un autómatas sin personalidad, sin conciencia, sin nervio. Este fué el caso de Dorotea Wieck, de Marlene Dietrich, de Lilian Harvey. Y este fué el caso también, aunque muchos no estén conformes, de la propia Greta Garbo. Y es que el productor cinematográfico yanqui no permite las competencias. No podría consen-

tir él, siempre en la avanzada del cinema, que nadie, ni en Europa ni en ninguna otra parte, pudiese presentar una pléyade de valores más completa que la suya, ni un conjunto de talentos más valiosos que los que él tiene bajo su control directivo y administrativo. Así es como pocas veces puede ofrecernos el cine yanqui verdaderas estrellas, desligadas del mercantilismo y de la «standarización», de lo mecánico, frío y vulgar.

Pero a veces los productores fracasan. Y de sus estudios sale una personalidad cinematográfica. Este es el caso de Margaret Sullavan, que viene del teatro.

Cuentan sus biógrafos—también las estrellas modestas tienen sus biógrafos—que fué Mac Sthal su descubridor, el animador inteligente de «Parece que fué ayer».

Tenía que ser un hombre como Sthal el descubridor de una actriz como la Sullavan. De figura delicada y menuda, de mirada triste y dulce, es Margaret el tipo de mujer que Sthal difunde constantemente a través de sus films; ni la vampiresa a lo Mae West, ni la ingenua a lo Francis Dee, sino la mujer equilibrada, femenina y bondadosa, a lo Jeanet Gaynor, a lo Genovieve Tobin, a lo Madelaine Ozeray, a lo Loretta Young, a lo Helen Chandler, actrices todas que cumplieron a la perfección en films que se llamaron «Amanecer», «Semilla», «Lilión», «Fueros humanos», «La casa de la discordia»...

Afinadas sus facultades artísticas por la maestría de Sthal, es un nuevo maestro el que ahora la dirige y la afianza en su puesto de gran actriz: Borzage.

Tanto en «Parece que fué ayer» como en «Y ahora, ¿qué?», representa Margaret un mismo tipo femenino que, a no dudarlo, es el suyo propio. En «Parece que fué ayer» es la novia dulce y amante; en «Y ahora, ¿qué?» es la esposa admirable y abnegada. No es el mismo el hombre en ambos films. El John Boles de la obra de Stahl, millonario, banquero, hombre de mundo, no es el Douglas Montgomery del film de Borzage, humilde trabajador, para el que la satisfacción fisiológica de las necesidades nutritivas constituye un problema de alta envergadura y trascendencia.

En «Una chica angelical», ya no es la misma Margaret Sullavan. Ahora es la chica hospiciaria, desconocedora por completo del mundo, en el cual cae de improviso, sin preparación ni conocimientos necesarios para lograr salir airosa de las muchas incidencias con que, indudablemente, ha de tropezarse.

Arbitrario el asunto, ingenuo el desarrollo del mismo, demasiado simple la acción de la película, son escasas las probabilidades que se brindan a la actriz de realizar una labor extraordinaria. A pesar de los esfuerzos magníficos de William Wyler—excelente animador de «La casa de la discordia» y esposo de la joven actriz—para que Margaret salga airosa en su fácil cometido.

Buena actriz Margaret Sullavan.

(Continúa en Informaciones)

Dos fotos recibidas de esta admirable actriz, a la que nuestro compañero Serrano de Osma califica de actriz excepcional.



ALTAVOZ DE HOLLYWOOD

CAROLE LOMBARD

DIEZ MINUTOS DE CHARLA CON UNA MUJER INTELIGENTE POR WALT SEATHER



Carole Lombard, es elegante siempre: Antes del baño, en el baño y después del baño. He aquí cinco instantáneas que acreditan nuestro juicio.



T IENEN fama las muchachas de Indiana de inteligentes e intelectuales. Carole Lombard, que nació en Fort Wayne en un desconocido 6 de octubre, ha hecho honor a la fama. Dotada de una decisión inquebrantable y de una voluntad férrea, se propuso, no sólo llegar a la cumbre del estrellato cinematográfico, sino también cultivar su espíritu de tal forma que, habiendo alcanzado dicho estrellato y poseyendo, por consiguiente, los medios de fortuna que son necesarios para no tener que vivir sobre una base incierta, gozar de todas las satisfacciones que el mundo puede proporcionar a los sentidos corporales y anímicos.

¿Lo consiguió? Veamos:

En Hollywood tiene fama de ser la «reina de la elegancia», pero en vez de estar satisfecha de ello, se queja continuamente.

Este es el caso paradójico de la encantadora Carole Lombard, cuya esbelta figura y excelente gusto en el vestir le han valido el título a que todas las estrellas aspiran y que en vez de agradecerlo, está realmente disgustada con ello.

Luciendo un elegante traje de viaje de un tono azul, que hacía resaltar la blancura de su cutis, Carole esperaba que el director le diera la señal de salir ante la cámara para una de las escenas de su reciente película de la Paramount «The princess Comes Across», que, según creo, es titulada para los países de habla castellana «Concertina».

Me acerqué en el momento en que exclamaba la bellísima actriz:

—No quiero ser la «reina de la elegancia». Cuanto menos se hable de mis vestidos, estaré más satisfecha.

Al ver en nuestros ojos un interrogante, continuó:

—Después de todo, creo que soy una actriz y no un maniquí. Pero cuando la gente va a ver las películas para admirar mis tocados, maldita la falta que me hace mi talento.

Carole no puede explicarse cómo ni quién le dió el título.

—Son muchas las actrices de la pantalla que gastan mucho más en trapos que yo—dice.

Pero lo que Carole se calla es el hecho de que todos los modistos están de acuerdo en que su figura es ideal para hacer resaltar la elegancia de las «toilettes».



Después de haber solicitado de su amabilidad unos minutos de conversación, para después de terminar la escena, y mientras esperaba que concluyera ésta, me di a pasear y a pensar en el caso extraordinario de esta actriz.

Delgada, pero admirablemente proporcionada, Carole tiene un talle muy fino, y unas espaldas más bien anchas, debido a lo cual puede llevar los vestidos con más distinción que sus menos afortunadas compañeras.

Una de las compañías de aviación citó la figura de Carole como modelo para las camareras que forman parte de la tripulación de cada uno de sus aeroplanos de lujo.

No tiene necesidad de imponerse un régimen alimenticio para conservar su figura, aun cuando practica los deportes, especialmente el tennis y la natación. Tiene fama de ser una de las más formidables jugadoras de tennis en toda la colonia cinemática.

Uno de los motivos de su reputación de mujer elegante es, sin duda, su acierto en escoger los colores de sus vestidos. Carole escoge siempre tonos azules, verde pálido y otros similares, muy acertados para hacer resaltar la blancura de su tez y el tono dorado de sus cabellos.

Además, los modelos que viste, sin dejar de ser atrevidos y llamativos, son de un gusto excelente.

Añádase todavía que los zafiros son sus piedras preferidas, poseyendo un juego completo de dichas joyas, que figuran entre los más valiosos de Hollywood.

Lo raro del caso es que, a pesar de que el estrellato y el título de «reina de la elegancia», podrían habersele subido a la cabeza, y hacer de ella una persona fatua, vacía e insostenible, es todo lo contrario, y, como decíamos al principio, una mujer inteligente, amena conversadora sobre cualquier tema, humana hasta la medula de los huesos, actriz de primera categoría, conocedora de múltiples asuntos que a la mayor parte de las niñas vacías del cinema les tienen muy sin cuidado.

Cuando volvió, por fin, me hizo pasar a su camerino y sentarme, y se dispuso a contestar a mis preguntas, mientras el maquillador la corregía nuevamente los rasgos faciales.

—Dijo usted antes, Carole, que no la gustaba el título de «reina de la elegancia». Si usted tuviera en su mano el poder elegir un título por el cual fuera conocida (en el supuesto, naturalmente, de que el nombre correspondiera a la realidad), ¿cuál elegiría?

—¡Oh! No sé. Es muy difícil poder... Pues, si me dieran a elegir, quisiera ser la mejor actriz del mundo, pero sin el título. ¿Para qué quiero yo el titulito? La cuestión está en serlo, no en que se lo llamen a una, ni siquiera en parecerlo. Mi primer ideal es que me conocieran todos por la calidad de mi trabajo, antes que por mi belleza (que no soy yo la llamada a juzgar), ni por mi elegancia, ni por los cuentos lanzados por los departamentos de publicidad. Y tanto me im-

porta así, que, el día que empiece a envejecer, me gustaría poder seguir trabajando en el cine, sin que nadie pensara en mi fracaso. Es decir, haciendo siempre papeles proporcionados a mi edad en cada momento, sin pensar en seguir siendo, como muchas, una pollita de quince años, a los sesenta. Y tengo confianza en lograrlo. A la edad citada, espero seguir trabajando para el cine, con tanto éxito como hoy. ¿Por qué hemos de pasar? Ya lo sé: Pasamos porque el público se acostumbra demasiado a vernos por una lente única, bajo una forma única, bajo la cual nos clasifican y califican. Si cambiamos, en nuestro nombre, en nuestro aspecto físico, en nuestra manera de trabajar, se piensa al instante en que ya no somos los mismos, y se nos abandona. Para evitar eso, he procurado siempre no ajustarme a un patrón único en la interpretación de mis papeles, ni el carácter de éstos, para que así el mundo espectador me conozca bajo varios aspectos, y no se extrañe el día que se presenten a él, forzosamente, nuevas facetas de mi manera de ser.

—Estoy muy conforme con sus palabras, y creo que muy bien pudiera ser esa actitud la clave del éxito permanente.

—Así lo espero y lo deseo. Por lo demás, mi única ilusión es saber gozar de todo, sin exclusivismos. Lo mismo leer novelas que ensayos, poesía que libros de ilustración; ir al teatro y al cine; a la playa y a la montaña; amar y reír; charlar y saber del silencio cuando es conveniente; saber ser humana con todos, pero no miel que se coman las moscas. En una palabra: gozar de la vida en todo lo que pueda darnos.

—¡Carole! Es usted una mujer inteligente. Y no creo habérselo dicho a ninguna de mis «entrevistadas».

WALT SEATHER

Los Angeles, agosto de 1936.



Son los maniáticos escoceses quienes han acreditado en Europa el tipo de lord raro y extravagante; el verdadero excéntrico nacido entre la niebla y las islas vaporosas, es nórdico. Quiere reaccionar a toda costa contra el aburrimiento sofocante de la atmósfera que le circunda. Los unos le consideran con inquietud y le califican de loco; otros, más plácidos, tal como el hotelero suizo, habituado desde su cuna a las rarezas de los extranjeros, dicen: «¡Es un original!».

Los hombres—de todas las razas—han sido siempre atraídos por la mujer excéntrica; por otra parte, diversos «managers» están especializados en tener reservas de ellas. Las educan convenientemente para que sean las mujeres extraordinarias y raras que el mundo exige, como una salida al campo de lo irreal. Gastan en ellas todo el dinero que sea preciso, a sabiendas que no será plata perdida, porque están persuadidos de que sus hallazgos serán los caprichos de un soberano o de la masa, es decir, de la masa cinematográfica.

Odette Fiorella, la graciosa intérprete de la esposa de Socias, enamorada de Mercutio, en «Los dioses se divierten», una admirable creación del humorismo alemán.

Las bellas excéntricas del cinema

«...Subyugados los hombres por una religión de hierro y curvados bajo el puritanismo, sólo pueden evadirse por esta semirruptura con lo real que se llama la excentricidad...» PAUL MORAND

extravagante, única forma posible de atraer la atención del soberano.

En todos los tiempos, las gentes están de tal forma aburridas, que tienen sed de novedades, de sorpresas. Espíritu anhelante, siempre presto a lanzarse fuera de la estrecha órbita de su destino, el delicado tiende sus facultades hacia esos seres que no se parecen a nada.

María Estuardo, con sus bufones, su cierva amaestrada, sus vestidos de blanco satén, sus lechos franceses ven el dulce cielo de seda claveteado de es-

trellas de oro y plata, fué una excéntrica genialísima.

Madame de Metternich, fea, pero provista de bellas pantorrillas y de largos rizos naturales, lanzó los vestidos cortos de tafetán, sin un volante, y los sombreros Pamela, anudados con una cinta bajo la barbilla y que azotaban su espalda en cuanto que ella montaba a caballo, o, sencillamente, «cuando corría como una loca por sus praderías».

La excéntrica más célebre de su época fué, sin discusión, Sarah Bernhardt, en la cual no nos detendremos, por mucho que pueda llamar la atención su interesante personalidad, para poder llegar pronto a la edad del día

gro en su salón chino; esos dos elementos toman un sentido especial en contacto suyo. El oscuro terciopelo, realzado con una enorme placa de diamantes, toma frecuentemente un inesperado aspecto. Es necesario verla deslizarse, para intercalar al dibujante de sus figurines, Zyg, a su doncella, Fraizette, su chófer, su perro Alfredo, su mono, cuando viene alguien en solicitud de autógrafos.

Anna Sten, la rosa exótica que ha traído al cinema una nueva gracia y una juventud que aspira a todos los triunfos para su arte.



Mae West, originalísima en su peculiar manera de vivir personajes y épocas, cuyas excentricidades llegan a nosotros con un gracioso empaque de otros días, no por más cercanos, menos incomprensidos.

Guillermo Dubarry gastó sus últimas economías—mejor, sus últimos créditos—en alquilar una silla de posta y reventó tres caballos para traer a su familia de Toulouse: en pocos segundos, había comprendido todo el éxito que representaba Jeanne Bécu; y, dos años después, Jeanne Dubarry—alias Bécu—era la favorita del rey de Francia Luis XV, ama y señora, en resumidas

cuentas, de todo el país, pudiendo compensar sobradamente a Guillermo del último esfuerzo que hizo con su dinero. Pero la Dubarry era una excéntrica, sin cuya condición hubiera sido una mujer más que hubiera pasado por el mundo como cualquiera otra, sin que su nombre hubiera llegado a nuestros oídos. Para eso hubo de vestirse de forma



Tres originales modelos creados para un capricho excéntrico que pronto llevará a la pantalla el cinema inglés.



—¿Todavía? ¿Se me acaba el carbón! Acabo de firmar dos mil en el Palacio del Hielo... a lo último, ¡firmaba sobre los extremos del papel que envolvía sus papeles!... ¡Y he huido! ¡Son insaciables!

Curioso a más no poder es oír hablar sobre las diversas modas femeninas, sobre los diversos tipos de mujer que han existido de hace un siglo a esta parte, todo con un lenguaje pintoresco, del cual sería muy difícil poder dar una idea, ni siquiera lejanamente aproximada, en el idioma castellano. Por lo tanto, renuncio a trasladarlo al papel.

Aunque sea solamente de paso, se hace preciso citar a la espiritual Spinelly, que ha sido valorizada y perpetuada por Jean-Gabriel Domergue en preciosas lacas, con la cual entramos ya en el reino del cinema; es para ella para quien Erick Satie compuso «La bella excéntrica».

Marlene hizo proyectar docientas peinetas españolas (Continúa en Información)

que es la que nos interesa más en este momento. Tampoco pararemos mucha la atención en George Sand, una de las primeras mujeres que fumó en el mundo.

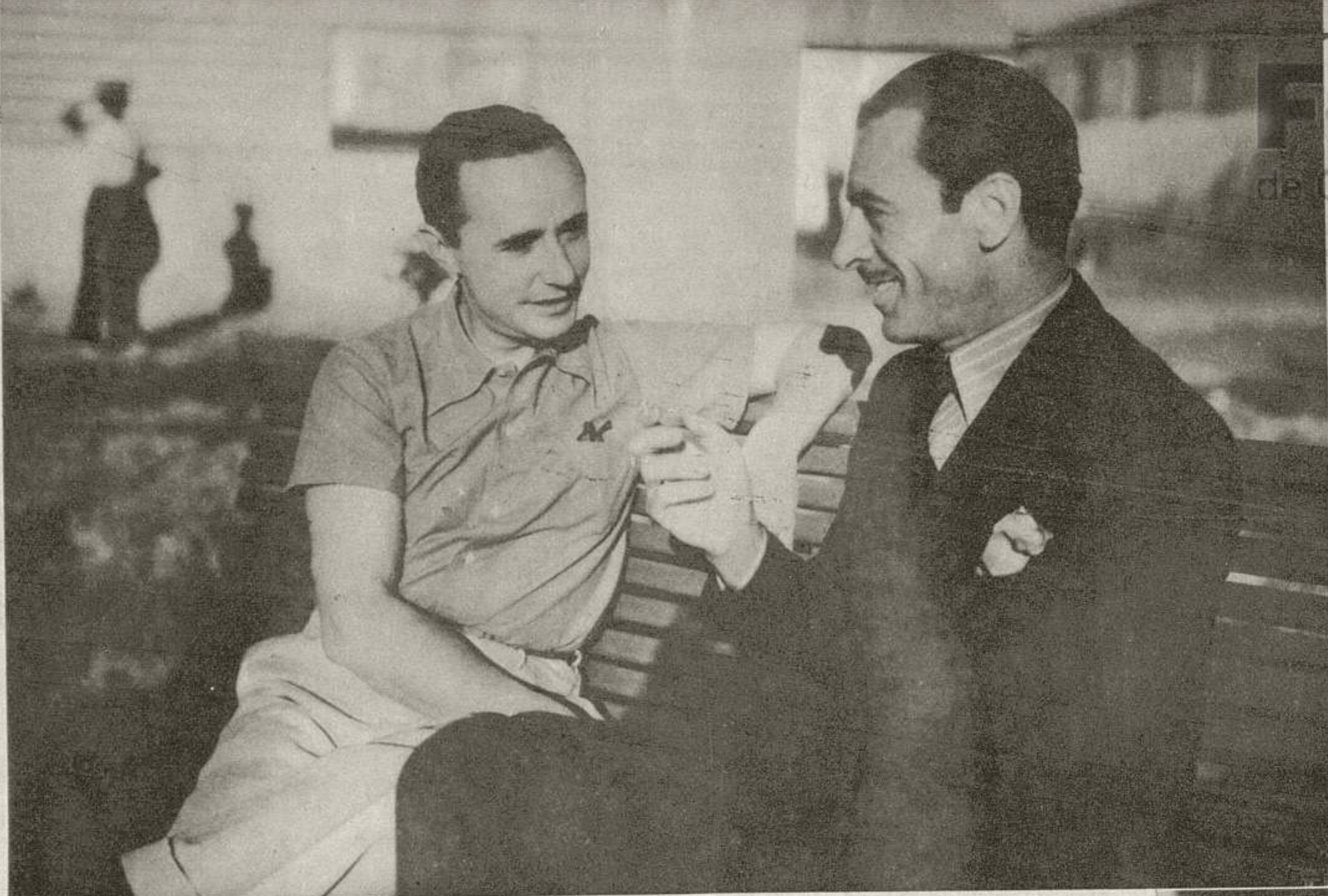
En nuestro tiempo, la palma se la disputan Mistinguett, Marlene Dietrich y Mae West; en Francia es muy posible que la palma se la lleve Miss, siendo la heroína más popular, mientras en Norteamérica se disputan el premio las otras dos.

Un pastor australiano pretende que hay cientos de miles de cochillos y otros instrumentos, esparcidos por el mundo entero, marcados con una Torre Eiffel y con Mistinguett. Este doble símbolo encarna París, para los guardianes de ovejas y para el canchal de las lejanas Zelandas.

Es preciso ver a Mistinguett vestida de terciopelo ne-



Ricardo Núñez, que, con Perojo, produce para Cifesa el film "Nuestra Natacha", de Alejandro Casona.



Benito Perojo, conversando con Valentin Parera, esposo de la famosa actriz Grace Moore, durante la estancia en España, de nuestro afortunado compatriota.



Eduardo G. Maroto, joven realizador de Cifesa, que en la temporada 1936-37 nos ofrecerá nuevas muestras de su fino ingenio.

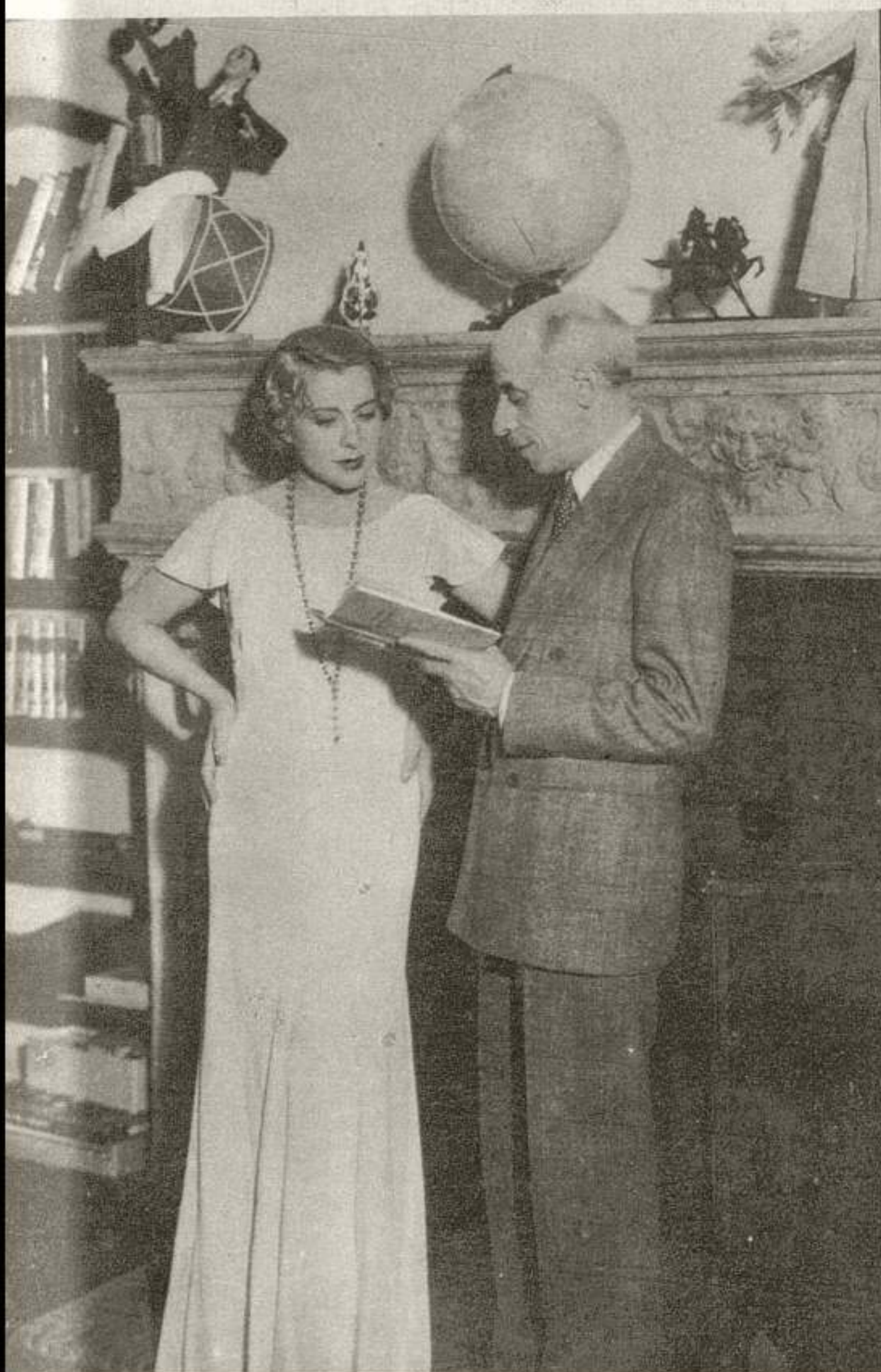


Rafael Rivelles y Ana María Custodio, en una escena del film "Nuestra Natacha". Los pasados días corrieron rumores de que Rafael Rivelles era una de las víctimas de la revolución española. Afortunadamente, ha sido desmentida esta muerte que nos hubiera privado de uno de los mejores actores de nuestro teatro.



Imperio Argentina y Florián Rey, la pareja consorte, que filma para la gran productora valenciana Cifesa. Su primera producción para 1936-37, será "La Casta Susana", y la segunda "Noche de San Juan", basada en un guión de Eduardo Marquina.

DE LA PRODUCCIÓN NACIONAL



Catalina Bárcena y Gregorio Martínez Sierra, estudiando el libro de su próxima producción para Cifesa.

Pedro Terol y el actor cómico "Paquete", recibiendo instrucciones del director de la película "Diego Corrientes", envueltos por sus colaboradores en esta producción.

Pedro Terol, Goyita Herrero, Castro Blanco y Federico Elías, en un momento del film "Diego Corrientes", que dirige Iquino para Exclusivas Diana.



Filmoteca JUNE KNIGHT

«Baila a la perfección»—dijeron—. «Canta como la mejor soprano...» «Nada como un campeón de olimpiadas...» «Pinta maravillosamente...» «Hace poesías que admiten encantadas las mejores publicaciones neoyorquinas...» «Juega al bridge como una verdadera sacerdotisa de la baraja...» y «Hasta en sus danzas llega a esguinces y contorsiones inimitables...»

Muchos creyeron en ella; algunos se negaron a admitir todo esto sin previa confirmación personal. Pero el tiempo acabó por imponerlo... Poco después de su llegada habló la prensa de Nueva York de una exposición de telas firmadas por June Knight, a la que los críticos dedicaron grandes y, al parecer, sinceros elogios. Más tarde, en «Mujeres de postín», se reveló como cantante admirable y exquisita bailarina.

(C o n t i n ú a e n I n f o r m a c i o n e s)



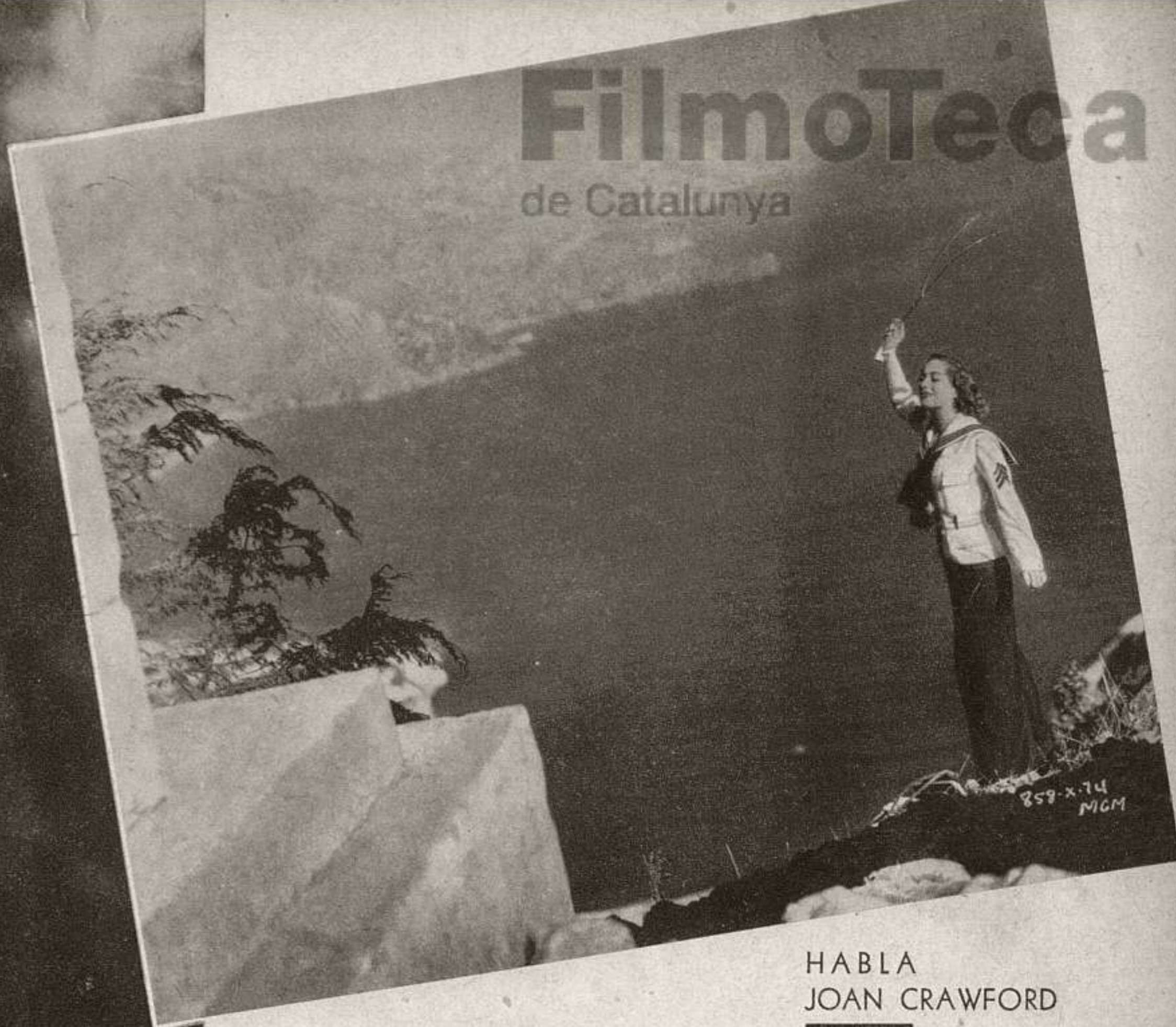
HE aquí dos instantáneas de June Knight, la admirable «girl» de la Universal descubierta por Ziegfeld y traspasada por éste al viejo Laemmle, no mucho tiempo antes de que la muerte retirase al famoso judío de sus actividades cinematográficas.

Por estas fotografías pueden nuestros lectores comprender lo apoteósico de su llegada a Los Angeles del brazo de quien había de ser su mejor padrino. Su elegante silueta se adueñó pronto de la admiración de todos los que frecuentaban los recreos de noche de la gran ciudad californiana.

La fama de su talento conquistó en seguida a los exigentes de la Meca del cinema, y pronto, en camarillas y peñas, fué el nombre de esta soberbia belleza rubia imponiéndose a todos los juicios.

Se la calificó al poco tiempo de su llegada a Hollywood como la más hábil de cuantas artistas habían caído en el cinema. Corrió pronto la voz de las múltiples actividades en las que sobresalía, y por todas partes se comentaron las polifacéticas habilidades suyas.





HABLA
JOAN CRAWFORD

¿Por qué me casé con Franchot Tone?

PERO, ¿por qué se ha casado usted con Franchot Tone, Joan?...

—Pues, sencillamente, porque le amo... ¿Le parece poco, amigo Balmaseda?...

Si rápida y decidida fué mi pregunta, no lo fué menos la respuesta que la voz de Joan me transmitió a través de los hilos telefónicos, cuando, impulsado por la sorpresa que me produjo la noticia de su inesperado matrimonio, no supe resistir la curiosidad de llamar al hogar de la célebre estrella para hacerle tan indiscreta pregunta. Después de una brevísima pausa, la voz alegre de Joan continuó diciéndome:

—...Y si quiere usted convencerse, venga a visitarnos a nuestro hogar. Me olvidaré de que es usted periodista para recibirle y tratarle como a un amigo.

Y efectivamente, hacia su casa me dirigí, no tan sorprendido como en un principio aparenté.

A decir verdad, este matrimonio de Joan Crawford con Franchot Tone lo veía yo venir desde hace mucho tiempo.

Según he dicho en diversas ocasiones, mi amistad con Joan Crawford data de muchos años atrás, del tiempo en que la modesta muchachita del coro empezaba a destacarse, mucho antes de que llegara a conquistar el preciado título de «La Venus de Hollywood».

Y pensando en este matrimonio suyo tan reciente, la sombra de un hombre joven, de carácter ligero y alegre no puede menos de interponerse entre nosotros. Ese hombre es Douglas Fairbanks, jr.

Cuando Joan le conoció, era muy joven, muy alocada, muy aturdida, la vida para ella era un continuo danzar de senfrenado. Fué en aquella época en que ganó un sín fin de concursos de baile, aquella época en que su risa fresca y ruidosa y su figura estilizada y escultural animaron todas las fiestas y reuniones de los mejores cabarets nocturnos, no ya de Hollywood sino del Broadway. Douglas también era joven, pletórico de alegría y optimismo. Se conocieron, se enamoraron, se deslumbraron recíprocamente con el brillo de su propia juventud y su propia alegría, y sin pensarlo ni mucho menos consultarlo con nadie se casaron un buen día.

Por un lapso de tiempo no muy largo, figuraron como la pareja ideal de la colonia cinematográfica. Pero Joan, me consta, comprendió bien pronto el error cometido. Sus caracteres eran demasiado iguales. El era un chiquillo, ella también. Ella necesitaba un hombre que la protegiese y la ayudase, y él necesitaba que le protegiesen a él. Empezaron las desavenencias en su hogar, la incomprensión, las riñas fútiles y la desconfianza. Y quizá esta amarga experiencia sentimental cambió el temperamento de Joan, afinando las cuerdas de su sensibilidad artística, y la amargura de su propio fracaso la volvió más humana, más sensata, más mujer.

La pantalla nos la devolvió más actriz que nunca, pero más sensitiva y dramática también. Y así, sus creaciones de muchacha frívola, moderna e inconsciente, fueron trocándose en otras más humanas, matizadas de una mayor sinceridad.

Un día rompió del todo con Douglas; se divorció, y se consagró del todo a su arte.

Rodando en el estudio, en el ambiente febril de la producción cinematográfica, le presentaron a un nuevo actor. Procedía de las tablas, y nada tenía de particular si se exceptúa su contagiosa sonrisa, mezcla de simpatía y fina ironía. La dijeron que se llamaba Franchot Tone, y que iba a hacer su debut cinematográfico en la película que ella protagonizaba.

Al cabo de pocos días, conquistada por la simpatía arrebatadora y la evidente personalidad del muchacho, Joan confiaba en él plenamente y ambos se convertían en los mejores amigos del mundo. Ella le inició en los secretos del dorado Hollywood y en las normas del cinematógrafo. Fué, como

(Continúa en Informaciones)

Dos instantáneas de Joan Crawford, la actriz más inquietante del cinema yanky, sorprendida al salir del baño y en una excursión en la costa del Pacífico.



ID EBE ser el milenio!
Primero Schmeling vence a Louis y ahora «¡Marlene Dietrich escoge a Greta Garbo como su actriz predilecta!»

La Gardenia de la pantalla, con ojos de embrujadora de hombres, dejó el otro día, a bordo del «Normandie», boquiabiertos a los reporteros al rendir públicamente tan inesperado homenaje a la estrella sueca, la cual, por mucho tiempo había sido considerada como su única rival.

Terminado su trabajo para la Selznick International Pictures en la monumental producción en technicolor «El jardín de Alá», que protagoniza con Charles Boyer, Marlene Dietrich se dirigía a Europa acompañada de María, su hijita de once años.

—Sí—repitió la estrella con blanda firmeza—, Greta Garbo es mi actriz predilecta. Mi actor predilecto es Ronald Colman, y—Marlene se detuvo un instante para contemplar a su hijita y dejar que la sonrisa perfilara sus labios—las mujeres hispanoamericanas son las más bellas del mundo.

Uno de los reporteros, recordando los apretujones que Marlene y María habían tenido que sufrir al verse rodeadas por una multitud de más de mil admiradores el día anterior a su llegada a la estación del Gran Central, le preguntó:

—¿No se cansa usted de esas muchedumbres que la siguen y la contemplan como algo raro?

—No—replicó la actriz, muy seriamente—. No del todo. Tenga usted en cuenta que en Hollywood, cuando ando por la calle, nadie se fija en mí. Allí soy sólo una de tantas actrices del cinema.

Marlene llevaba un primoroso vestido y sombrero negros. Su hija, una niña muy callada, con su pelo rizado cual una cascada de oro, estaba sentada cerca de ella.

—Mi hija—dijo Marlene—nunca será actriz.

La estrella declaró que se sentía muy orgullosa de su profesión, pero quería que su hijita escogiese otra carrera. María apareció en algunas películas cuando era chiquitita.

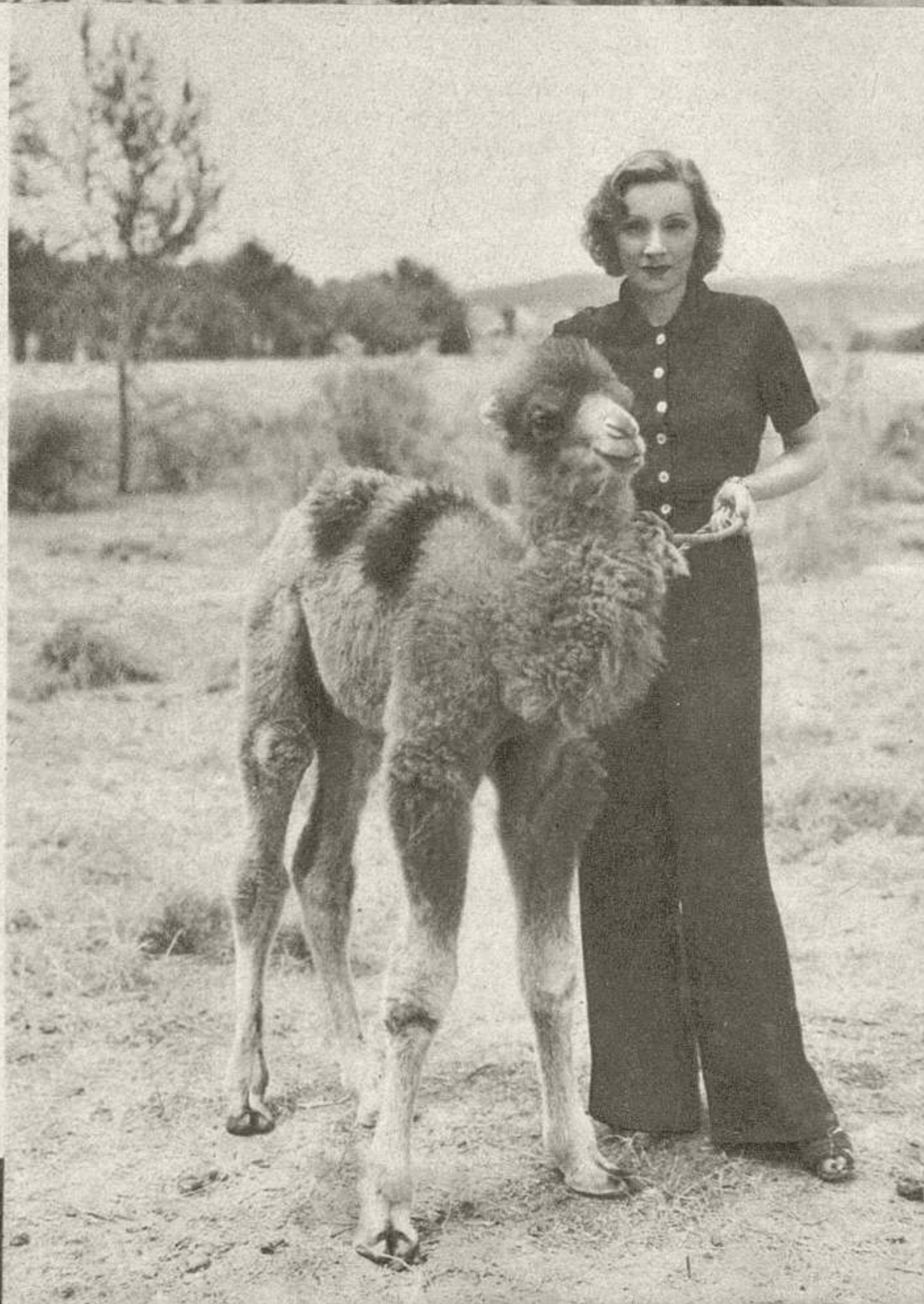
—Si yo no fuese actriz—continuó Marlene—, me gustaría ser fotógrafo de cine. Sí, ni más ni menos. El filmar una película es un verdadero arte; uno de los más elevados.

Alguien le preguntó si ella creía que Greta Garbo esquivaba las entrevistas y se mantenía tan austera sólo por acrecentar su fama.

—No—contestó Marlene al instante—. Creo que su temperamento es verdaderamente así. Es una actriz que no gusta de muchedumbres y sinceramente prefiere la soledad.

—¿Que si me apuro por mi belleza a medida que van pasando los años?—replicó contestando la pregunta de otro reportero—. No; de veras. Nunca he dado en pensar mucho sobre ello. Sólo me preocupo por trabajar tan activamente como puedo y vivir tan apaciblemente como me es permitido.

Cuando la estrella regrese a Hollywood en noviembre, María ingresará en un pensionado.



Charles Boyer y Marlene Dietrich, en un primer plano de «El jardín de Alá».

Marlene con su último capricho. Un camello recién nacido, que veremos en algunos planos de «El jardín de Alá», su último film para Selznick International Pictures, soberbia producción en technicolor que veremos la próxima temporada.

LOS PROTAGONISTAS DE
"EL JARDÍN DE ALÁ"

(Continuación)

—La dejo en buena compañía, Lourdes. Mi amigo Juan de Mata es un caballero amable, generoso y correctísimo. Cuando Eduardo se alejó, Lourdes se acercó a Juan. Su mirada se clavó en él con rencor.

—Juan de Mata... Presentía que lo conocía...

—Señora... dijo Juan, asombrado.

—Después de dos años, el Destino vuelve a unírnos, señor Juan de Mata.

—A la verdad... murmuró el otro, confundido.

—No recuerda quién soy. Mas yo sí. Lo tengo presente a usted y a esa señora que lo acompañaba. Es más fácil olvidar el bien que se obtiene que el agravio que se recibe.

Se acercó más aún.

—Míreme bien. Yo soy la mujer a quien cierta noche, hace dos años, un amigo de usted invitó a cenar en el «Chinois».

—¡Ah! —exclamó sorprendido—. ¡Usted! ¿Pero cómo reconocerla? Viste usted como una princesa y se me presenta en un marco de oro. No es, pues, extraño que no la haya reconocido. Pero... de cualquier forma, celebre este encuentro.

Lourdes lo miró fijamente.

—¿Después del mal que me hicieron, siente alborozo al verme? ¿Es usted un refinado en crueldad o un inconsciente? —Le aseguro que no sé a que mal se refiere.

—Después de esa maldita noche, sufrí una condena de un año por haber hurtado, con anterioridad a esa fecha, unas prendas femeninas. Esa señora, a quien salvé del escándalo, me dejó olvidada en un inmundo calabozo. No se dignó interesarse por mí. Inútilmente esperé que cumpliera su promesa. Una mediana influencia que hubiera hecho intervenir en mi favor, me hubiera salvado de la cárcel.

Lourdes estrujaba nerviosamente el lazo de su «deshabillé».

—Por ella caí en las garras de esos hambrientos de carne fatigada. Me aseguró que al día siguiente estaría en libertad. Y yo, ingenuamente, le creí. Guardé silencio para escuchar su reputación, esperando siempre en que, cumpliendo con lo que me prometiera, me ayudaría.

—Le aseguro que soy completamente ajeno a esa intriga. Aquella noche, en la comisaría, logramos comprobar nuestra identidad. Nos dieron la libertad, regresamos al «Chinois», nos llevamos a Magda y desde esa noche no la volví a ver. Más tarde supe que se había ausentado de la ciudad.

Lourdes rió con sarcasmo.

—Cuando recuerdo!... La señora..., la dignísima señora que sale de su casa con doble capa de armiño. Mancha de vicio, de pecado, la que cubre su impudor y para librarse de él la arroja en los hombros de la primera mujer que encuentra en su camino con el preconcebido propósito de penetrar en su casa con la otra capa que su capricho libró de la mancha.

A medida que el recuerdo del pasado se afirmaba, Lourdes sentía recrudecer su rencor.

—Mucha fué su infamia para sacudir su culpa sobre una pobre mujer marcada por la sociedad. Mida usted nuestras situaciones: a mí me falta todo y por ello me entrego al que recompensa mis caricias, fingidas o sinceras. A ella le sobra todo. Tiene posición, hogar, hijos, y, sin embargo, corre a disfrutar una aventura como cualquier otra. Sólo que ella no tiende la mano para recibir la paga. Debíáramos ser iguales. Pero el mundo ha marcado en mi frente un imborrable estigma. Y en ella premia sus devaneos y vanidad con una aureola de pureza. Todo porque tiene dinero, un nombre ilustre y una alta posición social.

—¿Qué puedo decirle, amiga mía? Sus razones son tan fundamentales que sería necio pretender rebatirlas. La sociedad es así: protege a los que encubren sus liviandades o sus delitos con antifaz de recato o de honradez, y castiga a los que demuestran, a cara descubierta, sus debilidades. El oro es un factor poderoso para comprar honras...

Tomó su sombrero y agregó:

—Lamento mucho que por mi causa ese ingrato recuerdo la haya perturbado. Mas esto no será motivo para que me prive de visitarla en otra ocasión.

—Cuando usted guste...

—Precedido por Lourdes, llegó hasta la puerta del departamento. Juan, le dijo:

—Prométame que otra vez será más amable conmigo.

Ella reclinó la cabeza sobre la hoja abierta de la puerta. Luego, dijo:

—Venga a verme y hablaremos.

Rumor de voces y pasos precipitados llegaron hasta ellos. Ambos dirigieron sus miradas hacia la escalera.

—¿Qué pasará?—preguntó Lourdes.

Al punto vieron trepar la escalera precipitadamente. La mujer que subía demostraba hallarse hondamente alarmada.

—Me siguen... ¡Ocúltenme!—exclamó atropelladamente.

Lourdes, sin vacilar, la introdujo al interior. Juan la siguió, cerrando la puerta.

A poco, golpes recios los detuvieron vacilantes.

—Es él, mi marido... ¡Escóndame!—suplicó, ocultando su rostro entre las manos.

—Allí... en mi «boudoir», detrás del cortinaje.

La criada que acudió a abrir la puerta se vio apartada de un empujón.

—¡Aquí entró! ¿Dónde está?

Al verlo armado, la criada huyó despavorida.

—¿Dónde está?—volvió a gritar el hombre, mirando a su alrededor.

—Señor... ¿qué desea?—le preguntó Lourdes, interceptándole el paso. Y como el desconocido quedara indeciso ante su tranquila actitud, agregó:

—Soy la dueña del piso y por ello le exijo que me diga a qué obedece su presencia en él sin mi conocimiento.

—Vengo en busca de mi mujer—dijo el hombre, levantando su revólver, con ademanes muy exasperados.

—Aquí no hay más mujeres que yo y mi criada.

—Debe sufrir una equivocación el señor—dijo Juan.

—La seguía..., desapareció en ese rellano.

—Observe usted que hay cuatro puertas en cada rellano. ¿Por qué habría de introducirse aquí, precisamente?

—Tiene usted razón!—dijo el hombre dejándose caer en un sillón—. Le ruego que perdonen mi extravío. Pero estaba loco... Desde hace tiempo recibo viles anónimos en los que se me manifiesta que mi esposa se entrevista con un hombre, con frecuencia en esta casa...

El atribulado marido guardó el arma y prosiguió:

—Esta tarde, decidido a comprobar la veracidad de las advertencias, seguí a mi esposa. Pero en una calle la perdí de vista. Entonces resolví trasladarme aquí. Subía la escalera, cuando alcancé a oír un murmullo de voces. Creí reconocer en una de ellas a mi mujer..., vi una mujer que huía por la escalera a tiempo que una puerta de este rellano, no pude precisar cuál, se cerraba con estrépito.

—¿Y usted puede asegurar que esa señora era su mujer?

—No pude verla. Estaba ciego de ira. Usted comprenderá... Ocupo un elevado cargo político, tengo dos hijos. La vergüenza me mataría...

—Caballero..., usted perdonará mi intromisión, pero me parece muy tonto el dar crédito a ruines anónimos—dijo Juan—. Usted no puede afirmar que la mujer que vió huir era su señora...

—En efecto.

—¿Y entonces? A mi criterio, debería dar por terminado este enojoso incidente. Y que de todo esto no se entere su señora. Porque si es inocente, como usted debe creerlo, se sentiría sumamente afectada.

—Sí..., sí..., tiene usted razón. ¡No saben cuán agradecido les estoy! Aquí tienen mi tarjeta. Si en algo puedo serles útil, vengan a verme.

Lourdes tomó la tarjeta y, sin mirarla, la dejó sobre una mesita.

—Adiós...

No bien el burlado esposo desapareció, la mujer salió de su escondite.

—¡Dios mío! Creí que me mataría...

Se recostó sobre el «vitruux» de la ventana. La luz dió de lleno en sus facciones. Entonces, Lourdes y Juan la reconocieron.

—¡Magda!

—¡Tú!

Magda los miró asombrada. Si bien la mujer que la observaba estupefacta no le trajo a su memoria recuerdo alguno, Juan de Mata halló en su mente inmediata añoranza.

—¡Juan!—dijo emocionada. Ligero rubor enrojeció sus mejillas—. ¡Cuánto siento que me hayas sorprendido en esta situación!...

—¿Y a mí..., a mí no me reconoce?—dijo Lourdes.

—Magda la miró inquieta.

—No sé quién es usted.

—¿No conoce a la mujer del «Chinois»?

Magda ahogó una exclamación de sorpresa.

—... ¿Aquella mujerzuela a quien usted prometió librarla de la cárcel si accedía a encubrir su huida?...

—Hice por usted todo cuanto pude. Se lo aseguro. Fracase. No fué mía la culpa.

—¡Miente! Me dejó abandonada a mi suerte. Halló muy cómodo ausentarse de la ciudad tres días después de aquel desgraciado incidente.

—¿Cómo lo sabe usted?

—No le interesa. Lo que creo que le importará es saber que ahora mismo iré a su casa para poner en antecedentes a su esposo de todo lo ocurrido.

—Usted no hará eso!—exclamó Magda, pretendiendo arrebatarle la tarjeta que momentos antes había dejado su marido.

—¿Quién me lo va a impedir?

—¡Por Dios! ¡Olvide lo pasado! Le aseguro que quise ayudarla en aquella ocasión. Me aconsejaron mal... Por eso desistí...

—No quiero explicaciones.

—Tengo dinero. Pídamelo el que necesite.

—No quiero su dinero.

—Juan..., intercede por mí... Esta mujer...

—¿Por qué no me llama mujerzuela, como en aquella ocasión?

—¡Oh!—exclamó Magda, mordiendo los labios.

—¿Qué sorpresas nos prepara a veces el Destino!—dijo Lourdes con ironía—. Después de dos años nos reúne a los tres en un marco bien distinto. El decorado difiere del otro, el ambiente no admite parangón. Mas las almas no han cambiado. Yo sigo mi ruta de mercadería a través de la liviandad, usted continúa engañando a su marido, y usted, Juan, sigue siendo el galante caballero cultor de los frívolos placeres.

Magda golpeaba nerviosamente el piso con el tacón de su calzado. Juan, algo cohibido, confiaba al cigarrillo el disimulo de su turbación.

—Sea sincera... ¿Cuántos amantes ha tenido después de Juan?

—No admito sus insultos!

—No la insulto. Únicamente quiero que sepa que he aprendido a atormentar con amarguras diciéndole verdades.

Magda, impaciente, consultó su reloj.

—Si me retraso, él puede sospechar. Le ruego... déjeme salir.

Lourdes permaneció callada.

—En nombre de mis hijos...

—La otra vez logró enternecerme al nombrármelos. Ahora no lo conseguirá.

—Le ruego, señora...

—No me diga «señora»; llámeme «mujerzuela».

—Sea buena una vez más—intercedió Juan—. ¿Qué puede proporcionarle su venganza? La mezquina satisfacción de haber deshecho una vida.

—Para destruir la mía, nadie tuvo piedad.

—Lo suyo, desgraciadamente, está hecho. No es posible

(Continuad)

EL DIRECTOR

(ARTÍCULO EXCLUSIVO PARA ESTE PERIÓDICO. MIEMBRO DEL IBERO-AMERICAN PRESS BUREAU.)

LA mayoría de los aficionados al cine conocen los nombres de casi todos los actores y actrices que vale la pena recordar... y de muchos que desde que empezaron deberían haber sido olvidados; pueden recitar de memoria, como una oración aprendida en la niñez y repetida a diario durante toda la vida, la historia de cada uno de ellos, a veces con tal lujo de detalles que los propios interesados se asombrarían si los oyese.

En cambio, los directores casi nunca viven en la memoria del aficionado. Personas que recuerdan el nombre de infinidad de películas, el de las compañías que las filmaron... y el de casi todos los artistas que figuran en su repertorio, desconocen, con muy raras y honrosas excepciones, quiénes las dirigieron, qué inteligencia moldeó la capacidad... o la incapacidad de los intérpretes para que su actuación pudiera impresionarnos en la pantalla. Con excepción de De Mille, von Sternberg y unos cuantos más, hasta los nombres de los directores son ignorados por la inmensa mayoría.

Y, si lo dudáis, aquí están los nombres de cinco buenas películas de las estrenadas últimamente: «Metropolitan», «I Dream Too Much», «Barbary Coast», «Accent On Youth» y «Ginger». Probablemente la mayoría sabéis que la primera y la última salieron de los estudios Twentieth Century-Fox; la segunda, de la R. K. O.; la tercera, de Samuel Goldwyn, y la cuarta de Paramount. Estoy seguro de que muy pocos ignoráis los nombres de los principales actores y actrices que en cada una de ellas tomaron parte; pero, ¿cuántos conocéis el nombre del director que hizo posible que cada una de esas películas fuera lo que es? «Metropolitan» fué dirigida por Richard Boleslawsky; «I Dream Too Much», por John Cromwell; «Barbary Coast», por Howard Hawks; «Accent On Youth», por Wesley Ruggles, y «Ginger», por Lewis Seiler.

«Death Takes a Holiday» (creo que se llamó en español «La muerte de vacaciones»), fué una de las mejores películas que hizo la Paramount, y todos recuerdan la maravillosa actuación que en ella nos ofrecieron Fredric March y Evelyn Venable, a cuyo éxito contribuyeron en alto grado Sir Guy Standing y Gail Patrick con una exquisita interpretación de sus respectivos papeles. Pero, ¿recordáis que el hombre a quien se debió el éxito de todos ellos, el que verdaderamente creó esa película, que ha de quedar como modelo de la cinematografía norteamericana, fué Mitchell Leisen?

Somos injustos con los directores. No les reconocemos su mérito cuando hacen una película buena y somos demasiado acerbos en nuestra crítica cuando no consiguen su propósito. Y no deberíamos olvidar que, a fin de cuentas, la verdadera «estrella» de toda película es el director... que puede hacer o deshacer reputaciones a su antojo.

Y conste que los actores son los primeros en reconocerlo así. Ellos saben que el director es la persona que más crédito merece de cuantas contribuyen, directa o indirectamente, a la producción cinematográfica y no tienen el menor inconveniente en declararlo así.

Leed lo que dice Sir Guy Standing («el mejor actor de todos los aristócratas de Hollywood y el más aristócrata de todos los actores que habéis visto en la pantalla») refiriéndose al que dirigió «Annapolis Farewell»: «Me guió en todo momento con la mayor inteligencia y la más delicada bondad, haciéndome esquivar con pericia todos los puntos peligrosos de mi actuación, conociendo siempre lo que de mí podía esperar y animándome a hacer lo que yo creí que no debía esperar; me sentí feliz tomando parte en cualquier película dirigida por él, no importa cuál fuese ni qué papel tuviese yo en ella... Con verdadero empeño él podría hacer que un actor mediano sobresalga como si en realidad fuese una «estrella de primer orden».

¿Por qué el público, todo el público, no reconoce como debe el mérito de los que hacen que sus actores y actrices favoritos se os presenten con las cualidades que les hacen acreedores a serlo?

Hollywood, 1936.

EUGENIO DE ZÁRRAGA

COMENTARIOS ESPONTÁNEOS

Españoladas españolas

POR fin comenzamos a hacer pinitos en el arte cinematográfico. Nuestros directores, satisfechos y hasta orgullosos, hacen ostentar sus nombres con grandes caracteres al frente de sus producciones.

Pero hasta ahora, ¿qué nos han dado sino españoladas, mucho más censurables que las americanas? Los films españoles de años atrás no contaban ni aun con el éxito práctico de taquilla; el mercado nacional no lo cubrían y del extranjero, no habíamos.

El campo andaluz, con todas sus bellezas, todos sus dramas y alegrías rurales; la fiesta nacional, hermosa y única, todo ha sido víctima de más de un supuesto director.

Así, mientras otros países elevaban su cinema a las más altas esferas del arte, el nuestro quedaba a un nivel vergonzoso.

Hoy se trabaja más en nuestro país en pro del arte-industria; pero la falta capital del cinema hispano continúa aún en pie: carecemos de buenos directores, argumentistas, «cameramen», etc., y aun viendo el camino a seguir en otras naciones (Inglaterra, por ejemplo, cuyo cinema era, hasta hace muy poco, de lo más modesto), nos resistimos a creerlo y toda la riqueza histórica y artística de nuestro país se está perdiendo en el vacío de una inaptitud y ceguera nacional.

El «cine» español descollará algún día, desde luego, mas cuando, la televisión haya revolucionado el séptimo arte; y nosotros, como siempre, iremos muy a la zaga de las demás naciones.

JUAN SANTOS GÓMEZ

PREGONES... COMENTADOS

El pregonero saluda al vecindario de esta ciudad y les hace saber que cantará verdades como puños y dará noticias tan frescas que el Polo no será nada al lado suyo. Os hablará de todo: de personas y de cosas, de películas y de ciudades. Lo mismo os contará el amor que levanta el pecho de la casta doncella, como el odio que sirve de tema central a un film. Os dirá de líos y de verdades profundas del espíritu. Divorcios, proyectos, bodas, bautismos, muertes, hazañas de todas clases, rodajes, peleas. De todo el pregonero, como buen eco, reflejará la voz.

Primera resonancia. Una de las primeras socializaciones llevadas a cabo en Barcelona, ha sido la de los Espectáculos Públicos.

No me toca a mí hablar de otra cosa que el cine. En esta sección (como en las demás) se han tomado medidas excelentes. Se han suprimido los pases de favor; se han conservado, para los días festivos, los precios de los días laborables, etc. Por contra, no se ha mejorado la selección de películas. Desde que los cines han vuelto a abrir sus puertas, no se ha dado un programa de los que podemos calificar de excelentes. No se ha proyectado, no se ha tratado de proyectar (por lo menos que haya llegado a oídos del pregonero) ninguna película que no hayamos podido ver anteriormente por pesar sobre ella alguna prohibición.

Y eso es muy fácil de arreglar.

El 28 de julio, o sea, once días después del primer estallido de la revuelta militar, se proyectó en Nueva York el reportaje de la sublevación «filmed under fire by Movietone News». ¡Caramba! «Bajo el fuego». Son muy valientes estos operadores de la Fox. ¿No sería «bajo el fuego de las lámparas eléctricas»? Pero no podemos poner en duda que los norteamericanos saben ser veloces y oportunos.

Mary Carlisle, que ha filmado un nuevo y largo contrato con Paramount, abandonará Hollywood uno de estos días con rumbo a Inglaterra para hacer una película, después de lo cual volverá a California (en noviembre) a empezar su trabajo con la citada productora.

Lo que demuestra, a pesar de todo, que Inglaterra sigue siendo el lucero que se va encendiendo en el campo del cinema.

¿Os acordáis de Mitzi Green? Ha llegado a Nueva York con objeto de aparecer en una representación teatral. ¡Menos mal! Al ver la noticia nos temimos que fuera a intervenir, esta monada, en películas otra vez. La niña tenía mucha gracia... para sus papás.

Desde marzo, se han estrenado dos películas españolas en Nueva York: «El desaparecido» y «Paraíso recobrado». Verdaderamente, no es muy bueno nuestro material, pero ya se ve que tienen cuidado en elegir lo mejorcito de él. ¡Así se acredita una producción!

EL PREGONERO

Actualidades bélicas

Dos noticiarios de la lucha en los frentes

Después del reportaje que, dirigido por Mateo Santos, nos dió la Oficina de Información y Propaganda de la C. N. T. y la F. A. I., se han presentado un reportaje más y un noticiario.

El reportaje sobre el avance hacia Zaragoza que nos acaba de ser presentado, lo fué por el Sindicato único de Espectáculos Públicos, con comentarios de Toryho.

Excelente la fotografía (teniendo en cuenta las condiciones en que se realizan los reportajes), adolece en cambio de una cierta lentitud en el montaje, que, afortunadamente, no pesa excesivamente sobre los resultados.

Aunque en ningún momento se presenten episodios de la lucha armada, sino solo avances, preparaciones, y muchas de las tareas que lleva consigo el movimiento, se mantiene perfectamente el interés del público hasta su final.

Si, a su debido tiempo, se completa con otros varios, a modo de continuación de él, se puede conseguir una excelente serie de reportajes breves que, junto con otros, de varias procedencias, formarán una historia completa de los días que vivimos, muy dignos de ocupar un lugar preferente en la historia gráfica del mundo. Terminada la lucha, seleccionando lo mejor del material conseguido durante ella, se podrá conseguir una o más películas, que relaten completamente, y en forma no conseguida nunca, los avatares de esta gesta magnífica de liberación.

Pues todo este material que se presenta en la actualidad, tiene indudablemente valores aislados, pero nunca en su totalidad. Tenida en cuenta su carácter de actualidad transitoria, cumplen bastante bien su cometido, lo que no es poco.

El noticiario a que hacía referencia anteriormente pertenece a la casa Fox y recibe el nombre de «El pueblo en armas». De fotografía bastante deficiente (que contrasta con la de Porchet de la citada antes) tiene, sin embargo, una ventaja sobre la película del movimiento en Barcelona y la que comentábamos líneas arriba: más vitalidad.

Hecha sólo con pretensiones comerciales, pero disponiendo el Movietone de operadores distribuidos por España, les ha sido posible reunir unos rápidos fotogramas de la lucha en Madrid y Barcelona, en Guadarrama, Alcalá, Guadalajara y Toledo, que hábilmente montados, dan una sensación de vida bastante apreciable. Como rápidos apuntes sin trascendencia, desfilan ante nuestros ojos en veloz sucesión, en cuadros cortos, los hechos de los primeros días, sin dar lugar, de ninguna manera, al menor cansancio.

Así, ambos noticiarios, con diferentes objetivos, diferente-mente orientados, cumplen misiones distintas. Pero todos cumplen una: evitar que el cinema no retratase estos momentos. Lo que sería indigno del cinema.

ALBERTO MAR

Informaciones



Nadie se extraña de ver a un comparsa de siete dólares y medio trabajando en una película; pero cuando aparece un «extra» de siete millones y medio, la situación cambia. Recientemente, Alexander Hall, director de «Tuya si la quieres», dió un papel de comparsa en dicha película a la señorita Tookie Spreckles, heredera de una de las grandes fortunas de California. Nadie se enteró de su identidad hasta que firmó el recibo de su paga. «Fué un capricho...», dijo Miss Spreckles.

★ Bing Crosby, Francis Lederer, Fred MacMurray y Jack Oakie, que interpretan papeles de vaquero en sus respectivas películas, se reunieron para dirigir una carta a George Raft intimando que lo menos que podía hacer era ponerse un traje de vaquero en su reciente film «Tuya si la quieres».

★ El chófer de Claudette Colbert la está enseñando a guiar. A pesar de que hace más de ocho años que tiene automóvil, Claudette no había aprendido a conducir.

★ Mary Brian tuvo que aprender a andar para poder desempeñar su papel de aventurera, rival de Pat Paterson, en la producción de Wanger para la Paramount, «Juventud dorada», que con Henry Fonda de primer actor y Raoul Walsh de director, se empezó a rodar recientemente en los estudios de la Paramount. Walsh declaró que los andares de Mary eran demasiado distinguidos para representar con propiedad el tipo de aventurera, y Mary tuvo que aprender a contonearse con aires achulapados. Su única preocupación es el temor de acostumbrarse a ello.

★ Por primera vez en su larga carrera ante la cámara, Mary Boland llevará peluca color castaño para su rol en el film Paramount «El regreso de un hijo». Mary interpreta el papel de propietaria de una taberna de San Francisco. ¡Vaya cambio!

June Knight

(Continuación)

Existe en la actualidad una canción que ha conquistado un éxito rotundo y cuyo estribillo comienza diciendo:

«Dame una June Knight
y te prometo que seré feliz».

El abuelo Laemmle, al contratarla para su marca, consiguió una de sus mejores adquisiciones, pues en el poco tiempo que media desde el estreno de su primer film «Mujeres de postín», hasta el momento actual, June ha conseguido una fama tan alta que ya en Hollywood nadie duda de su definitivo triunfo.

Tal es esta hermosísima mujer que hoy ofrecemos a nuestros lectores en dos de sus más recientes instantáneas.

Pocas artistas han conseguido tanto en tan poco tiempo. Y no es suerte, ni mucho menos; su sensibilidad, su cultura y su belleza se lo merecen todo.

R. WALTER

Porque me casé con Franchot Tone

(Continuación)

podríamos decir, su introductora, quizá recordando sus propios tiempos de principiante, tan faltos de una mano que la guiase.

Los chismosos de Hollywood empezaron en seguida a hacer sus cábalas. Joan y Franchot aparecían juntos en fiestas y recepciones, en piscinas y campos de deportes. Se indagó, se preguntó, se tocaron todos los resortes imaginables. Incluso alguien afirmó que se habían casado en secreto. Pero nada se sacó en claro. Imperturbables, Joan y Franchot siguieron paseando su amistad por todos los rincones de Hollywood. Se les vió casi siempre juntos, en la pantalla y en la vida real, pero de amor no hablaron una palabra. En aquella época, Joan más que del amor de un hombre necesitaba de la amistad de un compañero. Pero volviendo a mi conversación con la estrella.

—Repito que me he casado con Franchot sencillamente porque le amo—me dijo Joan mientras departíamos amigablemente ante una taza de té—. Cuando le conocí era yo muy desgraciada. Su personalidad varonil y su simpatía comprensiva fueron una gran ayuda para mi estado de depresión moral, y su amistad me sacó de la apatía y de la soledad...

—Yo quería haberme casado con ella desde hace mucho tiempo—interrumpió Franchot con una de sus personalísimas sonrisas—, la quiero desde que la conocí, pero...

—Pero yo me opuse—siguió Joan, decidida—, porque quería estar segura de no cometer un segundo error. Tenía miedo de perder aquella dulce camaradería, para ganar tan sólo un nuevo desengaño. Hoy creo poder decir que no me he equivocado.

Y tampoco yo creo que se haya equivocado esta vez. Joan Crawford, en el apogeo de su gloria y de su arte, es muy posible que sea feliz con este Franchot Tone, de espíritu equilibrado, positivo, razonable, y de temple y entereza varonil. Su matrimonio no es algo ligero y fugaz como acostumbra a ser los matrimonios de Hollywood, sino una unión hecha a base de camaradería, de comprensión, de lealtad y de un amor profundo y sincero. Lo demás, el tiempo sólo puede decirlo. Por lo pronto, lectores, ya sabemos por qué se ha casado Joan Crawford con Franchot Tone.

LEONARDO BALMASEDA

★ Páginas del diario de una estrella, Gertrude Michael: «Por fin instalé a mamá en su nueva casa. La echo mucho de menos. Me presenté en el estudio a las once para rodar las primeras escenas de «The Return of Sophie Lang». (Aquella dama sin igual.) Almorcé entre escenas y mientras tanto discutí con Travis Banton. Reanudamos el rodaje a la una. Sir Guy Standing me dió mi primera lección de ajedrez. Dicen que al final de la película seré una excelente jugadora. Hoy es mi cumpleaños y tuvimos una pequeña celebración en el «set» al terminar el trabajo. Después fuí a ver la proyección previa de «Caras olvidadas». Me acosté a las once.»

★ Un consejo a los fumadores de cigarrillos: Enciéndase el cigarrillo y apáguese inmediatamente. Después vuélvase a encender y fúmeselo como de costumbre. Ray Milland, autor de la idea, dice que el cigarrillo sabe mejor y además dura mucho más.

★ La casa de arquitectura normanda que Irene Dunne acaba de hacerse construir en Holmby Hills (al lado de la de Claudette Colbert), es una de las más elegantes que se han edificado en dicho distrito. Hay cuatro dormitorios para huéspedes con un baño y cuarto de vestir para cada uno de ellos, un comedor, una biblioteca, un salón, un bar, un comedoreito para el desayuno, una despensa, una enorme cocina y tres cuartos para sirvientes, cada uno con su baño.

★ Virginia Pine hizo un viaje en automóvil a Coronado para encontrarse con George Raft. George está trabajando en las escenas exteriores de la película Paramount «Tuya si la quieres». En este film hay dos primeras actrices: Dolores Costello Barrymore y Ida Lupino.

★ La señora Rosignol, madre de Charles Boyer, llegó recientemente a Hollywood para pasar los meses de verano con su hijo y nuera. Por si nuestros lectores no lo recuerdan, les diremos que la esposa de Charles Boyer es «Pat» Paterson, actriz inglesa que en la actualidad trabaja en «Juventud dorada». La señora Rosignol no habla una sola palabra de inglés, y Charles está tratando de enseñarle el idioma de Shakespeare tal como ella le enseñó el de Molière cuando todavía andaba a gatas.

Conversación con Lil Dagover

(Continuación)

curiosos. ¡Madame está malhumorada! Madame protesta: «Sucia es esta ciudad. ¡Muy sucia!» Y enojada, golpea con el alta tacón de su zapato de seda dorada el viejo empedrado.

¡Cuánta burla encierra su imperfecto alemán! Pero los polizontes no tienen comprensión alguna para la fogosidad de la extranjera. ¡La detienen y basta! Indignada y presa de cólera, continúan los dorados tacones golpeando el desigual empedrado; dulce y flexiblemente trata de evadirse y substraerse a esa fuerza mayor que la sujeta. Entre los azules capotes de los polizontes y los vestidos de mil colorines de las mujeres y muchachas que la siguen, brilla relumbrante la ensortijada cola de la bella extranjera...

J. RUIZ DE ALARCÓN

Interpretación y sencillez: Margaret Sullavan

(Continuación)

van. Su nombre puede figurar—merece figurar—junto a otros ya reconocidos como valores indiscutibles del cine americano: Irene Dunne y Kay Francis, pongamos por ejemplo.

Excelente actriz Margaret Sullavan. Con impaciencia esperamos su última película. Y es natural que así sea, ya que ha sido realizada por el máximo prestigio con que en la actualidad cuenta el cine yanqui: King Vidor. El hecho que un director de esta talla haya escogido a la Sullavan para darle un primer papel en su próximo film, revela que ya nada ni nadie podrán arrebatarle a ésta el título de primera figura de la pantalla americana.

CARLOS SERRANO DE OSMA

Las bellas excéntricas del cinema

(Continuación)

antes de encontrar la que expresaba mejor el espíritu burlesco de la película que tanto escándalo ocasionó. Hubieron los dibujantes de exprimirse bien el cerebro para hallar todo el juego de utensilios, componentes del arsenal de una mujer fatal, vista desde el más original de los ángulos.

Entre diversas naturalezas donde apunta una creciente personalidad (Dolores del Río y sus orquídeas, Lupe Vélez y su stock de encajes) Ginger Rogers será muy pronto la fantasista más regocijante de allende el Atlántico. Inverosímilmente serpentina, lleva la feminidad al paroxismo, trazando espirales en el aire como en la Carioca o en «Top Hat».

Florelle es una excéntrica nata, que Pabst reveló en «L'Opera de quat'sous»; en el mismo sentido y en la misma película se distinguió Margo Lion, que terminó de acreditarse en «Las maletas del señor O. F.».

De la misma manera, Anna Sten en «Naná», Yvonne Printemps en «La dama de las camelias» y cada noche en «La reine Margot», cuando eleva su pequeña corona de oro con un precioso e inimitable gesto.

En cuanto a Mae West, citada anteriormente, necesitaríamos docenas de cuartillas para hablar todo lo que cabe de ella, pero basta ver cualquiera de sus películas para estar bien seguros de que merece una de las primeras palmas de la extravagancia.

E. MURGA LOWERS

P
L
A
N
O
S

V
E
R
A
N
I
E
G
O
S

Arriba:
Arline Judge.

Abajo:
Dixie Dunbar...
...admirables ambas
en el prodigio de
su juventud y de lo
perfecto y euritmico
de sus formas.

